

Con sabor a ti



NORAH CARTER
PATRICK NORTON

NP
BOOKS

Con sabor a ti

**NORAH CARTER –
PATRICK NORTON**

Título: Con sabor a ti

© 2016 Norah Carter – Patrick Norton

Todos los derechos reservados

1ªEdición: Noviembre, 2016.

Es una obra de ficción, los nombres, personajes, y sucesos descritos son productos de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con la realidad es pura coincidencia. No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, sin el permiso del autor

Capítulo 1

Cuando ella se despertó aquel día, no pensaba que su vida iba a cambiar de la forma en que lo hizo. Marcos dormía a su lado, al lado de Sara, que tenía que dejar la cama para ir al trabajo. Qué rabia. Dejar a Marcos, a su chico, al que conoció hace unos años en la fiesta de Paloma. Pero Marcos no dormía. Se había levantado varias veces a lo largo de la noche. Estaba intranquilo.

Sara no sabía nada del asunto que parecía preocupar a su marido, pero es cierto que lo notaba un poco más nervioso que otras veces.

Sara suponía que era el exceso de trabajo en el taller o algunos impagos por parte de algunos clientes. No era la primera vez que Marcos le había hablado de esa clase de problemas en el negocio.

Llovía afuera y la calle gris se fundía con una bruma blanca. Sara tomó aire y se dirigió a la cocina. Un café. La misma marca. Un aroma seco y áspero.

Estaba amoldándose a la nueva vida que había elegido, saboreándola, disfrutándola, a pesar de todos los imprevistos en los que se habían visto envueltos a raíz del comienzo de esta nueva relación, pero era feliz y tenía claro lo que quería. Era una mujer con ideas contundentes.

A pesar de todo lo que había tenido que lidiar para estar con Marcos, ella se levantaba feliz, creía en lo que hacía, sabía que, gracias a sus esfuerzos, podrían sacar esa vida que habían soñado juntos en tan poco tiempo, no le hacía falta mucho para disfrutar de aquella relación. Era feliz

con llegar dignamente a final de mes junto al hombre al que había elegido

Marcos se dio la vuelta en la cama y, cuando, con los ojos cerrados, quiso abrazar a Sara, descubrió que ella ya no estaba.

Una sonrisa quebrada de insatisfacción se dibujó en su cara, pero esa sensación de desamparo no le impidió seguir durmiendo. Sabía que Sara tenía que trabajar temprano. Que los turnos en el supermercado son rigurosos. La empresa no disculpaba jamás los retrasos injustificados.

Pero a él le hubiese encantado que

ella estuviese en estos momentos a su lado. Le gustaba sentir su piel cerca de él, le gustaba abrazarla y mimarla, la veía como su niña, la niña de sus ojos.

La lluvia golpeaba en la ventana y Sara sorbió de su café caliente, y se sintió de repente más reconfortada. Aún recuerda esa noche en la que le presentaron a Marcos.

La discoteca estaba llena de jóvenes estudiantes que habían terminado el curso. Marcos se encontraba rodeado de sus amigos del trabajo y ella, que había olvidado su bolso en la barra, se lo encontró cara a cara. Fue un

flechazo.

Ella no supo qué decir, pero Marcos dejó a sus amigos y se presentó formalmente.

- Hola, me llamo Marcos. Te he confundido con alguien, perdona.

Bendito error, pensó. Se había quedado impactada por ese chico.

- No te preocupes. Encantada. Yo soy Sara. Me había dejado el bolso aquí mismo. Dentro, llevo todas las tarjetas y mi móvil. Menos mal que no lo he perdido.

- Bueno, siento haberte molestado. No era mi intención - dijo Marcos, avergonzado.

- No te preocupes. Estas cosas suelen pasar. Soy una chica corriente. Es fácil confundirme.

- De corriente, nada. Eres muy guapa. Creo que me he fijado en ti por eso.

- Claro. Eso se los dirá a todas, ¿verdad? - contestó Sara, sonrojada.

- Qué va. Soy un ligón patético - añadió Marcos con una sonrisa

burlona.

De repente, lo llamaron sus amigos y el chico se despidió con dos besos y Sara se quedó pensativa, tocada seguramente por la espontaneidad de aquel joven, al que no conocía de nada, al que no volvería a ver jamás. O quizá sí.

Pero el destino siempre tiene la capacidad de sorprendernos y, ahora, después de tres años de matrimonio, Sara se despertaba junto a él cada mañana.

No paró de pensar de la forma que la había enamorado, fue todo un

flechazo, demasiado rápido, demasiado bonito a pesar de todo lo que les había costado esta relación.

Eran posiblemente dos seres felices, dos seres que se tenían uno al otro, que se miraban como dos extraños para amarse todas las noches.

Eran apasionados y quizá esa cualidad fuese una de las que hizo que los dos decidieran vivir juntos, tener la absoluta libertad para yacer uno junto al otro siempre que quisieran, sin depender de citas previas como si fuesen todavía unos quinceañeros.

La lluvia golpeaba en la ventana y Sara volvió a sorber de su café. El sabor áspero en el paladar le hizo recordar, mientras la luz alumbraba los objetos de la cocina, que otra noche en la misma discoteca se buscaron y que, al principio, la relación no fue fácil.

Los padres de Sara no miraron con buenos ojos a Marcos, porque no era el tipo de novio que querían para su hija, que no había acabado sus estudios de Derecho.

Marcos era mecánico y el taller en el que trabajaba no era suyo, sino que pertenecía a su tío. Su sueldo era

humilde. El negocio daba lo justo para vivir. Querían estar juntos y lo hicieron, pese a la desaprobación de los padres de Sara.

Era evidente que sus padres no quisieran un hombre de esa clase social. Ellos siempre se habían preocupado de moverse en ambientes donde había mucho dinero y poder. Eran incapaces de comprender que el amor era mucho más que todo eso.

Un corazón enamorado no hay dinero que lo compre, pero, claro, a ellos le hubiese gustado verla junto a un hombre adinerado y formando una familia con un una buena clase social,

de la que ahora ella no tenía, por la decisión que había tomado.

Pero Marcos era ahora su vida, su futuro, y ella no quería renunciar a ese amor. Volvió a sorber el café, a aspirar su aroma a madera vieja, y, sin que ella lo buscara, recordó también cuando se casaron en el juzgado, un jueves por la mañana.

Se casaron completamente solos, pero, en esa soledad, se sentían los más afortunados.

Se amaban con intensidad. Se buscaban siempre con la mirada allá donde estuviesen y no importaba el

silencio entre ellos, porque ese silencio era una invitación a volver a casa rápidamente para meterse en la cama.

Tenían una casa discreta. La cuota de la hipoteca no era muy alta y, con lo que los dos ganaban, bastaba para hacer frente a todos los gastos de esa convivencia basada en el respeto, en el compromiso y en el desenfreno, ¿por qué no decirlo?

Sara dejó sus estudios de Derecho, pese a que Marcos insistió en que continuara. Pero ella no quiso. Quería ayudar económicamente para que sus vidas no tuvieran que sufrir ninguna

clase de dificultades, así que Sara fue contratada como dependienta en una perfumería de un gran hipermercado.

Cuando los padres de ella conocieron que su hija no había renovado la matrícula para cuarto curso en la universidad, montaron en cólera y le echaron en cara, una Nochevieja, que aquel muerto de hambre le iba a arruinar la vida.

Marcos no estaba presente cuando su padre empezó a escupir por su boca toda clase de insultos delante de Sara. En ese momento, Marcos estaba en la cocina junto a la madre hablando de

cosas sin importancia, porque el chico sabía que su matrimonio por el juzgado había sido otra de las decepciones que había sufrido aquella familia junto a la decisión que había tomado Sara de abandonar su carrera.

Por un lado, ella entendía a su padre, pero, por otro, sabía que estaba siendo muy injusto y que sólo miraba el nivel económico de la persona.

Su corazón le decía que esa no era la mejor forma de ser honesto con uno mismo e incluso no se puede llegar ni a ser feliz de aquella manera. Tenía claro que la gente solo podría ser feliz estando al lado de la persona que

amase.

Los recuerdos fluían en el interior de la cabeza de Sara mientras Marcos seguía durmiendo. Hoy abría el taller Pepe, así que podía quedarse más tiempo en la cama.

La lluvia cesó y afuera el rumor de las calles comenzó a despertar con las primeras luces. Sara volvió a su cuarto y, después de una ducha rápida, se vistió con un chándal. Besó a Marcos en los labios.

Cogió su mochila y se marchó caminando hasta el trabajo. Había dejado de llover y el aire olía a

limpio. Se sentía aliviada al respirar. Caminaba deprisa. Pese al paso de los años, Sara todavía no había conseguido olvidar esa ruptura con sus padres, como tampoco había podido olvidar su encuentro azaroso con Marcos aquella noche en la discoteca.

Era un tema que le hacía estar partida por la mitad, pero estar junto a Marcos la hacía sentir que había tomado la mejor decisión de su vida.

Le dolía que sus padres no lo hubiesen entendido, pero esperaba que el tiempo les hiciese entrar en razón y comprendieran que ella había hecho lo justo para ser feliz.

Eran las nueve de la mañana y Sara comenzaba a trabajar. En el almacén había nuevos pedidos que desembalar: nuevas marcas de perfume y de maquillaje que deberían estar colocados en las estanterías antes de que se abrieran las puertas. Sara se había acostumbrado al estrés y a la presión en el trabajo.

Las compañeras eran de su misma edad y algunas también habían abandonado sus estudios porque no podían afrontar los pagos de matrícula, así que no tenían otro remedio que trabajar.

Muchos sueños rotos en muchas de aquellas trabajadoras que miraban con una sonrisa a los clientes. Con su uniforme rosa, perfectamente colocadas en sus puestos, con una espesa película de maquillaje sobre sus rostros, atendían infatigables a las exigencias de sus clientes.

La simpatía y belleza naturales de Sara hacían que fuera una de las mejores vendedoras de la perfumería. No le disgustaba del todo aquel trabajo, si bien, acababa agotada una vez que bajaban las persianas del negocio. Pocas veces Marcos iba a

recogerla. Como trabajaba cerca de casa, Sara regresaba caminando. Todavía le quedaba tiempo para preparar la cena. Marcos no solía tardar demasiado.

Aquella mañana en la que Sara se marchó a trabajar, Marcos se quedó un poco más en la cama, pero no paraba de darle vueltas a algo en la cabeza.

Tras escuchar el portazo, se levantó y miró por la ventana. Vio que Sara caminaba deprisa por la acera. Algunas nubes todavía salpicaban el cielo y, al igual que su esposa, le encantaba prepararse un café. Echaba de menos no hacerlo junto a su esposa.

A Marcos le gustaba estar junto a ella. Cualquier oportunidad de tener un instante para estar a su lado, lo aprovechaba, tenerla junto a él le hacía sentirse completo.

Él también se conformaba con poco; era feliz con lo que tenía y más teniendo a Sara al lado.

Podría haber madrugado como había hecho ella, pero estaba agotado de ayer. Un camión llegó con una grave avería al taller y hubo que repararlo, pues tenía una carga muy importante que entregar esa misma noche en Valdepeñas.

De todas maneras, un pensamiento oscuro rondaba su cabeza y era ese pensamiento el que le había impedido dormir con la serenidad a la que acostumbraba. No quería darle demasiada importancia al asunto y mucho menos quería que Sara se enterase, porque podía poner en crisis su relación, una relación en la que los dos habían sufrido mucho en estos últimos tiempos. No podían abandonar al camionero a su suerte.

Dejó la cama y se metió en la ducha. Al cabo de un rato, estaba ya tomando su café en la cocina. Aún podía notar la presencia de Sara a partir de una

esencia de perfume que ella solía llevar y que a Marcos le encantaba.

El cielo estaba completamente despejado. Nerviosamente Marcos miró su móvil y descubrió que tenía tres llamadas perdidas. Pertenecían a una mujer que no se llamaba Sara, de alguien que había conocido en el mismo taller, una clienta que lo visitaba con frecuencia.

Era una mujer que tenía varios coches, un poco mayor que Sara, y que aprovechaba cualquier pretexto para pasarse por allí. Aquella mujer, además, solamente quería que lo atendiera Marcos hasta el punto de

que, en pocas semanas, habían entablado una extraña amistad.

Habían intercambiado sus números de teléfono y alguien los había visto tomar café en el bar que hay enfrente del taller. Los compañeros y su tío Julián no querían entrometerse.

Marcos era muy trabajador y muy amable con los clientes y aquella mujer misteriosa lo era y muy buena. Pagaba siempre al contado y alegraba la vista con su elegancia, su porte. Porque la mujer tenía un cuerpo impresionante. Poseía una belleza en la que Marcos claramente había

reparado.

Pero Marcos no se le pasaba por la cabeza poder engañar de forma miserable a esa persona que había puesto toda su vida por esta relación.

Bien era cierto, que la aparición de Ángela le había hecho sacar una parte del juego sexual que llevaba escondido, a pesar de que con Sara era totalmente feliz en lo que a sexo se refería. Pero esta mujer era todo un deseo andante, de estas personas que hace que cualquier hombre deje volar a su imaginación.

Habían transcurrido unos días desde

que la viera por última vez en el taller. La mujer había acudido a que le cambiaran la correa de distribución de uno de sus Audis.

No solamente era su físico lo que hacía que ella fuese una diosa cada vez que entraba en aquel espacio mugriento, oscuro, con el suelo y las paredes manchados de grasa, sino también su impresionante colección de coches que la hacía una mujer más interesante e inalcanzable.

De repente, Marcos dejó el café y, sin pensar en Sara, llamó a esta clienta. La mujer, la misteriosa mujer, se puso enseguida al teléfono:

- Esperaba tu llamada, Marcos.

- Aún estoy en casa. No he llegado todavía al taller. Pero al ver tres llamadas perdidas y tan temprano, supuse que tenía que ser algo urgente -dijo Marcos, intrigado.

- Urgente no es. Pero necesito verte. Tengo un problema con mi Maserati. El motor hace un ruido extraño y quisiera que le echaras un vistazo -contestó ella, con una voz melancólica.

- No te preocupes. Seguro que

no es nada. Pásate por el taller en una hora y lo miro.

- ¿Sabes? También quería tomar un café contigo. He pensado mucho en ti todo el fin de semana – añadió ella, con aire seductor, convencida de cada frase que decía.

Marcos no sabía que responder. Pensó en Sara de repente. Estaba jugando con fuego. Nunca se había encontrado en esta encrucijada. Cuando era simplemente un adolescente, siempre fue fiel a sus parejas y los motivos de

ruptura en sus últimas relaciones se debieron a causas que nada tenían que ver con otras mujeres.

Pero, en esta ocasión, pese a la feliz vida que llevaba al lado de Sara, una poderosa atracción lo estaba sumergiendo en un mar de dudas, donde su esposa, su querida esposa, pasaba a un segundo plano.

Ahora era esta mujer la que ocupaba sus pensamientos y cada vez, con más frecuencia.

Quizá nunca debió haberle dado su número de teléfono, pero, en el trato directo, aquella clienta era

convinciente y sus ojos azules, hipnóticos, ayudaban a que lo fuese junto a su voz tersa.

Dudó mucho antes de contestar, sabía que cualquier mensaje erróneo podría llevarla a la confusión y liar más la bola que estaba comenzando a rodar, pero en el fondo quería transmitirle que a él también le estaba sucediendo algo extraño.

- Bueno. A mí me ha pasado algo parecido, Ángela. Pero...- dijo Marcos con temor.

- No digas lo que sigue. Lo sé. Quieres a tu esposa. Quieres que ella no sepa nada. No quiero comprometerte. Lo entiendo. Buscaré otro mecánico, aunque eso me entristezca. – soltó como la que no quiere la cosa para hacer un poco de influencia psicológica sobre el pobre Marcos

- No quería ofenderte. Simplemente, evito que este juego se nos vaya de las manos. Tengo miedo. - En el fondo una parte de él estaba deseando saber más acerca de esta misteriosa mujer, aunque sabía que se la podía jugar de una manera muy bestial.

- Pero yo no puedo darte miedo. Si has aceptado a tomar café conmigo, no sólo será porque soy una buena clienta -dijo Ángela con inteligencia.

- Ya lo sé. Tienes razón. Es mejor que hablemos todo esto en privado. Me resulta muy incómodo comentar esta clase de intimidades por teléfono. Necesito que nos veamos -dijo Marcos con tono de arrepentimiento.

- De acuerdo. En una hora, me encontrarás en el taller con mi Maserati. Espero no haberte

amargado el día.

- No, al contrario, Ángela. Sucede que las cosas no son tan fáciles y ahora, en uno de los mejores momentos de vida, apareces como de la nada. Estoy asustado – dijo a sabiendas de que estaba jugando con fuego y a dos bandas, puesto que si el quisiera podía cortar toda esa situación ahora mismo.

- No te preocupes. Lo hablamos. Siento haberte despertado de esta manera. No he podido evitar llamarte. Un beso. Te dejo.

Marcos colgó también y se quedó pensativo, volviendo a mirar por la ventana. Sorbió del café y sintió el miedo, el miedo de perder a Sara por aquel capricho estúpido de verse con una clienta sin saber muy bien por qué.

Pero algo le impedía echarse atrás, algo evitaba dejar de pensar en aquella mujer tan elegante con la que había tomado café un par de veces durante un rato largo.

En el fondo estaba deseando verla y que sucediese este encuentro que habían acabado de planear de forma improvisada, aunque era evidente que

ya había tomado las riendas de la situación para que así pasase.

Sara no sabía nada de esto. Marcos sentía que estaba arriesgando su matrimonio, un matrimonio donde Sara había roto la relación con sus padres para irse con él.

Y ahora toda esa lucha no serviría de nada si él empezaba a dudar de sus sentimientos hacia ella, si empezaba a cuestionarse si lo que sucedió entre Sara y él no fue un flechazo, si lo que verdaderamente movió a que los dos se casaran no fue más un deseo por independizarse aunque en la cama disfrutaban el uno del otro muchísimo.

La cabeza no paraba de darle vueltas, sabía que no lo estaba haciendo bien, tanto esfuerzo y lucha por sacar su relación hacia delante y ahora estaba jugándose la de la manera más tonta del mundo.

Estaba confuso, muy confuso. Se vistió delante del espejo y salió de casa. El aire frío inundó sus pulmones antes de entrar al garaje para subirse a su Nissan. Mientras iba de camino al trabajo, los rostros de Sara y Ángela se mezclaban en recuerdos y fantasías que no podía controlar.

El hecho de saber que iba a verse

nuevamente con Ángela lo excitaba, pero también lo conducía a una tristeza profunda porque pensaba en Sara, en el sacrificio que había hecho al dejar la carrera por apostar por esa vida en pareja.

Sentía que era un traidor, pero no podía evitar dejar de lado a Ángela que lo necesitaba, que había pensado en él estos últimos días. Nunca había sido protagonista de una historia así.

En esos momentos comprendió que en la vida había a veces que decantarse como había hecho su mujer, pero había algo que lo arrastraba a estar en medio de esta situación y eso era lo que más

le preocupaba.

Condujo hasta el taller donde algunos compañeros de trabajo estaban ya desmontando el motor de una furgoneta. Su tío Julián ordenaba facturas en un pequeño despacho que habían acondicionado dentro del taller. Nada más bajar, se dio cuenta que enfrente estaba ya aparcado el Maserati.

Ángela se había adelantado. Quizá lo llamó desde el interior del coche, simulando que estaba en casa todavía. Marcos se puso nervioso. Saludó a los que allí trabajaban y se dirigió a ver a su tío Julián. Estuvieron hablando

unos minutos sobre unos repuestos que había que pedir y, antes de salir del recinto, su tío le habló:

- ¿Quién es esa mujer? - preguntó un poco reticente.

- Una clienta. Solamente una clienta – respondió secamente al descubrir que a su tío no le hacía ninguna gracia aquella situación que estaba dándose en ese lugar de trabajo.

- No lo tengo claro. Viene mucho por aquí y a veces os marcháis juntos a tomar café. No quiero que te metas en problemas.

Sara no sabe nada de esto, ¿verdad? - dijo en tono seco dejando constancia de que no la hacía la más mínima gracia lo que estaba sucediendo.

- No, tío. No le des importancia. No hay nada entre esa mujer y yo. – intentó calmar la situación a sabiendas que sería difícil hacer creer a su tío lo contrario.

- Solamente te advierto de una cosa: no quiero problemas en mi negocio – dijo el tío de Marcos con seriedad.

Marcos salió del taller y cruzó la

carretera para encontrarse con Ángela. Con un vestido de rojo en forma de tubo, aquella misteriosa mujer bajó del coche. Tenía un cuerpazo. Parecía una actriz de cine que está a punto de caminar por la alfombra roja.

El óvalo perfecto de su cara, con sus ojos rasgados, perfectamente pintados, destacaban a la luz del día, una luz clara, enérgica, que incendiaba el color de aquel vestido y la figura de ese cuerpo al que Marcos se rindió con unas palabras más que amables.

- Estás preciosa.

- Gracias. Me encantan los

cumplidos. Me he puesto así para ti, ¿sabes? No suelo ponerme esta clase de vestidos para tomar café a mitad de mañana. Pero sé que es una ocasión especial - dijo descaradamente advirtiéndome de que todo esto lo estaba haciendo por él.

- Me estás poniendo muy nervioso.

- De eso se trata. No esperaba menos. Me gusta que hombres como tú se pongan nerviosos al verme -dijo Ángela con aire seductor.

En ningún momento pensó en Sara. En ningún momento. Entraron al bar y pidieron café y tostadas. El decorado de aquel antro no pegaba con la belleza que irradiaba aquella mujer tan exuberante.

Pero ella estaba dispuesta a atravesar cualquier escalafón con tal de provocar aquellas situaciones en la que pudiese encontrarse con él.

Marcos, con su ropa de trabajo, sencilla y humilde, contrastaba con aquella clase de diva que, además de su exquisito vestuario, mostraba unas formas delicadas a la hora de gesticular y de articular su voz.

Algunos hombres que allí se encontraban no pudieron evitar mirarla y parece que a Ángela aquella provocación de su cuerpo la excitaba.

Ella estaba muy segura de dónde pisaba, de todo lo que era capaz de conseguir por la gracia de tener ese cuerpo y esa belleza en su rostro, además de que, con su elegancia y vehículos, dejaba constancia de que también poseía una posición económica bastante elevada, cosas que la hacía más fuerte aún si cabe.

- No puedo creer que esté pasando esto -dijo Marcos, como si fuese un niño.

- Pues está pasando y, por cierto, al Maserati no le pasa nada. Te estaba mintiendo por teléfono. Solamente quería verte.

- Ángela, me estás poniendo en un compromiso. No me gusta esa clase de juegos. La gente mira. La gente habla. Yo estoy feliz con Sara. Presiento que estoy tirando todo por la borda, después de haber luchado tanto.

- Me da igual lo que piense la gente. Y, si estuvieras tan feliz con tu mujer, ni me habrías dado tu teléfono, ni hubieras venido a

tomar café conmigo - dijo Ángela con inteligencia.

La luz de la mañana entraba por un enorme ventanal que había junto a una estantería con licores. Todo estaba inundado de una claridad empolvada que añadía aún más misterio a aquella conversación.

Casualmente, no había mucho ruido en el interior del bar y las palabras de Ángela adquirían esos matices manipuladores que ella deseaba. Sus labios, de tono carmesí, eran carnosos y, cada vez que terminaba una de sus intervenciones, los humedecía con la punta de lengua como quien está

saboreando un bocado exquisito.

Marcos se daba cuenta de esas artimañas seductoras de Ángela, pero le costaba comprender que una mujer como aquella se hubiera fijado en él, en un pobre muchacho que no había acabado los estudios, recién casado, y que apenas llegaba a final de mes con las ganancias de las reparaciones, ganancias que tenía que repartir con su tío.

Todo parecía sacado de una novela. Marcos no paraba de dar vueltas a la cabeza sobre aquella situación, pero es que en el fondo no se sentía lo demasiado cómodo como para

abandonarla y decir que se acabó esta película que los dos estaban montando.

- Lo que intentas decirme es que no estoy enamorado de Sara – dijo Marcos dudando de él mismo. Tenía muy claro que amaba a su mujer y que esto sólo era un juego envuelto por unos deseos que habían aparecido de forma imprevista.

- No, no, no estoy diciendo eso. Estás enamorado. Esas cosas se notan cuando se habla con un hombre. Pero hay sentimientos más intensos que el amor. Y esos

sentimientos son los que seguramente estás experimentando y que no sabes cómo digerir – añadió Ángela con seguridad, convencida de cada palabra que salía por su boca.

- Tengo miedo. Te lo he dicho por teléfono. No me gustaría verte más – repuso Marcos con voz temblorosa.

- Mientes. Quieres verme. Por eso, estás aquí conmigo, aunque tus compañeros de trabajo murmuren. Y yo me siento halagada.

De repente, Ángela deslizó su mano y se puso a acariciar la de Marcos y él dejó que ella lo hiciera durante unos minutos, mientras se miraban y callaban, mientras un silencio de complicidad y de afecto los iba envolviendo lentamente.

Marcos reflexionaba sobre esas palabras que Ángela había dicho con tanta determinación, que hay sentimientos más poderosos que el amor.

No estaba bien lo que estaba sucediendo en esos momentos y menos a la vista de cualquier persona que se

podría fijar atentamente en ellos, pero no podía quitarle la mano. Estaba sintiendo en esos momentos una sensación muy agradable. En esos momentos se sentía muy atraído por Ángela.

- Me gustas, Marcos. No he venido hasta aquí para tomar café en este bar de mierda. He venido porque quería verte. Desde el primer día que entré al taller con urgencia, pues el coche me había dejado tirada un poco antes, algo en mi corazón me dijo que no debía dejarte escapar -dijo Ángela con los ojos vidriosos.

- No sé qué contestar. Yo no soy nadie. No tengo nada. Soy un chico que se crió en el barrio, que no tiene aspiraciones. Sara se ha peleado con sus padres y ha dejado su carrera de Derecho por estar conmigo. Con los dos sueldos, podemos pagar la hipoteca y salir alguna noche. Nuestra vida es sencilla y nos gusta vivir así – contestó Marcos con una voz suave, con temor.

- Yo no quiero que me des nada. No necesito nada. No tienes que mantenerme. Me gustas tú, tu forma de ser, esa sencillez de la que hablas, tu forma de mirarme desde

el primer momento, como si yo fuera para ti una mujer inalcanzable. Estoy harto de tíos que están enamorados de sí mismos y de todo lo que tienen - contestó rápidamente Ángela.

- No puedo engañarte. Yo siento algo por ti. Pero Sara es la mujer con la que me he casado, la que más ha perdido en esta relación. Cuando he visto tu llamada esta mañana, el corazón me ha dado un vuelco y es cierto que tenía muchas ganas de hablar contigo, de escucharte -dijo Marcos con un tono relajado.

- De sentirme. Dilo. Dilo. Quiero escucharlo. Querías sentirme. Por eso, dejas que te acaricie -añadió nerviosa, Ángela.

- Sí, de sentirte. Al escuchar tu voz, experimenté el miedo y la ilusión. El hecho de verte de nuevo era irresistible.

- Lo sé. Sé de lo que me hablas, pues yo sentí lo mismo cuando me cogiste el teléfono.

- Estoy perdido, Ángela – dijo

Marcos, derrotado.

- No te voy a pedir que dejes a tu mujer. Sería una putada. Solamente te pido una cosa: que no me olvides, que vuelvas a verme en algún momento, algún otro día. Y no te arrepentirás. Yo voy a esperar a que tú me llames. Sé que lo harás y yo estaré allí para complacerte – añadió Ángela, mirando fijamente a los ojos marrones de Marcos.

- Lo meditaré. Llevo varias noches durmiendo mal por esta situación. Haré lo que me dices. Intentaré aclararme y te llamaré en

cuanto pueda, Ángela. - en el fondo estaba deseando tener un encuentro íntimo con ella pero sabía que eso iba a poner en peligro la relación tan bonita que tenía con Sara, pero algo dentro de él tenía necesidad de descubrir qué pasaría en un encuentro de tal calibre con ella.

Ella dejó de acariciar la mano de Marcos y sonrió con satisfacción, como quien ha ganado una primera batalla, quizá la más importante para ganar la guerra.

Marcos pagó en la barra y el cuerpo de Ángela, al trasluz, parecía el cuerpo de una diosa. Su elegancia era

evidente con solo mirarla.

Se despidieron con un beso en la mejilla y, antes de subir al coche, Ángela susurró en el oído de Marcos las siguientes palabras: “Si no duermes, será por mí. Y que suceda eso me encanta y me excita”.

Con una sonrisa en los labios, Marcos volvió al trabajo. Algunos de los trabajadores lo miraron, entre celosos y cachondos, porque una mujer como Ángela no se veía todos los días y menos por allí.

El Maserati blanco cruzó por delante del taller y el rostro perfecto de

Ángela miraba al frente. Estaba orgullosa. Había conseguido más de lo que se proponía.

Capítulo 2

Sara estaba atendiendo a varias clientas al mismo tiempo. Su amabilidad y una sonrisa constante agradaban a sus clientas.

Las compañeras estaban orgullosas de tenerla a su lado, pues nunca tenía una mala palabra con nadie, ni siquiera en esa tensa hora de repartir los turnos o elegir las fechas de vacaciones. Trabaja con alegría, pensando que esa vida que había elegido junto a Marcos era verdaderamente la vida que

quería.

Era una mujer honesta, convencida de sus elecciones. No quería ver pasar la vida tal y como querían sus padres.

No quería ser la mujer de un rico del que no se había enamorado. Era imposible estar con un hombre por su nivel económico, eso no era lo que a ella le haría feliz, quería estar con él que había elegido por marido y por el que merecía la pena luchar para sacar adelante a la familia que iban a formar.

No soportaba ya la idea de seguir estudiando Derecho. Estaba harta de

la presión que ejercía sobre ella, especialmente su padre, para que acabara sus estudios, para que no faltara a las clases de tenis, pues el Club donde se impartían las clases era un lugar donde influyentes familias se reunían para cerrar negocios.

El padre de Sara quería que su hija se casara con algún hijo de familia adinerada. Sin embargo, todo había sucedido de una forma imprevista y lo que nunca admitiría el padre fue esa actitud rebelde que Sara manifestó enseguida que conoció a Marcos.

Todas las esperanzas que había depositado en su hija saltaron por los

aires y no hubo nada que discutir. El padre de Sara siempre había culpado a Marcos de las decisiones precipitadas de su hija.

Pero lo importante era que todo aquello había pasado y que su vida ahora era maravillosa. Sencilla. Humilde. Y, aunque ella ya no había vuelto a hablar con sus padres desde hacía años, tampoco le preocupaba, porque su futuro era Marcos y pronto vendrían los hijos.

De todas maneras, tenía claro que tarde o temprano retomaría esa comunicación con las personas más importantes de su vida, además de

Marcos. Sabía Sara que el tiempo a veces cura las heridas y, si sus padres veían que Marcos y ella eran felices, no tardarían en pasar página y reconciliarse con ellos.

Ahora debía fijarse objetivos a corto plazo. Con su esfuerzo y su excelente manera de trabajar, debía asegurarse que le renovaran el contrato en la empresa para que, en unos meses, pudiera volver a matricularse en Derecho. Su padre estaría orgullosa de esa decisión. Aunque trabajara, haría todos los sacrificios necesarios para sacarse todas las asignaturas poco a poco, si bien tardaría más años.

En el fondo Sara estaba deseando terminar esa carrera que había comenzado con tanta ilusión. Cuando la retomara, no lo haría por su padre sino por ella misma, pero en primer lugar tenía claro que lo que quería era formar esa familia con Marcos.

Y, en segundo lugar, la necesidad de estudiar estaba ahí, pero no era algo muy importante en esos momentos. El hecho de estar cómodamente viviendo con Marcos era ya todo un reto. No le hacía falta tener grandes sumas de dinero para ser completamente feliz con el hombre que amaba.

La perfumería se había quedado vacía y sus compañeras habían salido a la puerta a fumar un cigarro. Aunque Sara no fumaba, salió también con ellas a relajarse y a reírse un poco junto a ellas. Marta era de sus mejores amigas allí dentro. Era una chica rubia, mona, muy alta, que se había casado hacía dos años y que aún no se había quedado embarazada.

Lo estaba deseando y continuamente se lamentaba de esa situación.

- Joder, tía. No hay forma. Estoy desesperada – dijo Marta, apenada.

- Si te obsesionas, no conseguirás nada. Conozco a muchas parejas que tuvieron que someterse a terapias de relajación para tener hijos - dijo Carmen, otra de las empleadas, con tono serio.

- Además hoy en día hay muchos métodos para poder quedar embarazada. Si en un tiempo no lo consigues, seguro que poniéndote en unas buenas manos, terminarás haciéndolo. Tengo dos primas que no lo han conseguido bajo ningún concepto y ahora están embarazadas gracias a la inseminación artificial - dijo Sara para que contemplara cualquier idea antes de tirar la

toalla.

- Quizás tengas razón. Quizás me estoy obsesionando y eso impide que me quede embarazada. Debería comenzar ya a relajarme y luego pensar, si no lo consigo, en meterme algún tratamiento de esos que me estás comentando. Al fin y al cabo es otra posibilidad.

- No te puedo aconsejar, Marta. Supongo que debe ser jodido querer tener hijos y que no haya manera. ¿Habéis ido a ver a un médico?

- Sí. A varios. Me he gastado el sueldo de tres meses solo en visitas donde los especialistas me dicen que todos los análisis están bien. Que se trata de cuestión de tiempo pero así llevamos Richard y yo dos años.

- No te apures. Pero tú sabes cómo se hacen los niños – dijo Carmen con risas, para quitarle gravedad al asunto.

- Estás como una cabra. Ya no te cambio el turno más - contestó Marta rápidamente, esbozando una sonrisa.

- Yo estoy deseando tener hijos con Marcos, pero aún es demasiado pronto. Me gustaría que estuviésemos más estables económicamente. Yo dependo de que la empresa me renueve para poder volver a retomar mi carrera de Derecho, aunque no me importaría quedarme embarazada en esos momentos y llevarlo todo para adelante. Pero dependo de este contrato para ponerme manos a la obra con todo ello.

- Todo es un dolor de cabeza – dijo Marta.

- Las mujeres... nos complicamos demasiado. Deberíamos disfrutar más de lo que la vida nos pone a cada momento en nuestro camino y no preocuparnos tanto por lo que pasará - soltó Carmen a modo de reprimenda.

- Me parece a mí que, en vez de seguir comiéndome el coco con el embarazo y gastándome un pastón en visitar médicos, me voy a dedicar a viajar los fines de semana que tenga libres y las vacaciones que me den en el trabajo. Al menos estaré disfrutando y no con el agobio que

tenemos en nuestras vidas en estos momentos - dijo desesperada Marta.

- Pues eso deberías hacer, ya está bien de tantas lamentaciones y sufrir. Hay que dejar que la vida y vivirla lo más feliz que se pueda – volvió a contestar Carmen.

- Por eso, intento que no me afecte mucho lo que me ha pasado con mis padres ya que yo creo que he escogido mi felicidad y no la que ellos habrían querido. Para eso ya tuvieron ellos la oportunidad de decidir qué hacer con su vida y ahora yo tengo derecho a decidir

qué hacer con la mía.

- Pues tienes razón, lo que no puede ser, no puede ser, y es que a veces nos matamos por forzar las cosas. Madre mía, yo ya me estoy cansando. Me voy a dedicar a vivir y que sea lo que Dios quiera - dijo Marta.

Sara volvió hacia el interior de la perfumería para seguir trabajando. No paraba de darle vueltas a la cabeza por lo que habían estado hablando y comenzó a analizar que a veces nos matamos por hacer las cosas lo más rápido posible sin saber que la vida

siempre te va a demostrar que todo llega cuando menos se espera.

Ella era feliz con Marcos. Es verdad que todo lo que tenían era debido a su sacrificio y trabajo. No contaban con el absoluto apoyo de nadie. Vivían de lo que ganaban y sobre todo de lo que con tanta seguridad habían escogido.

No paraba de calentarse la cabeza con el tema de Marta ya que le daba pena la situación que estaba pasando por las ansias que tenía de ser madre. Quizás ese era el problema para que no sucediese, el que estaba demasiado

obsesionada.

Sara se tiró toda la jornada laboral pensando en su situación y en la de su compañera y amiga Marta, a la vez que iba atendiendo a toda la clientela que iba pasando por su turno.

Miró el reloj ya que tenía ganas de volver a casa, en especial ese día. Ella solía disfrutar hasta de los momentos laborales, pero tenía muchas ganas de ver a Marcos. En esos momentos, lo echaba mucho de menos, no paraba de dar vueltas a la cabeza y necesitaba sentir el calor del hogar junto a él.

Capítulo 3

Ha llegado más tarde que otras veces. Marcos la estaba esperando en el sofá. Se han dado un achuchón mientras se besaban como dos recién enamorados. Sara se ha dado cuenta de que la forma de tocar de Marcos no es la misma desde hace unos días. Mira a sus ojos y ve a un hombre que intenta fingir la tristeza.

Y Sara comienza a preocuparse.

Nunca había sentido a Marcos de esa

forma. Ha estado a punto de preguntarle qué le pasa mientras se besaban, pero no ha querido presionarle más.

En ocasiones, el hecho de contar un problema no es una liberación, sino una forma de darle más importancia de la que tiene a un asunto insignificante y Sara no quiere eso. Quiere que sigan como lo han hecho hasta ahora.

Pero Sara también se ha puesto a pensar que pueden ser imaginaciones suyas. Quería pensar que Marcos no podía cambiar en tan poco tiempo. Además no se merecía ni que ella pensase eso, simplemente tendría un

mal día, o llevaba varios de ellos agotado.

Durante todo esto tiempo, han sido la envidia de mucha gente. De hecho, los amigos de Marcos nunca pensaban que él iba a sentar la cabeza de una forma tan rápida. Pero todos coincidían en que Sara era una chica que merecía la pena y Marcos sería un idiota si dejaba escapar esa oportunidad.

Otra novia como Sara no iba a encontrar. Uno de los mejores amigos de Marcos, Miguel, le confesó a Sara que todas las relaciones que había tenido anteriormente, y que no eran pocas, habían fracasado y que lo

pasaba muy mal después.

A solas, Miguel le dijo a Sara que no siempre Marcos había sido el culpable de aquellas rupturas. Se enamoraba fácilmente y luego se esforzaba, aunque fracasara, en conseguir que ese amor durase para siempre y, con Sara, había sido la única pareja que lo había visto feliz de verdad.

Era otro hombre, le aseguró Miguel. Aquellas palabras del mejor amigo de Marcos, alegraron muchísimo a Sara quien parecía haber encontrado en aquel mecánico a su media naranja.

Por eso, se quiso quitar rápidamente la sensación tan extraña que tenía. No quería darle más vueltas a la cabeza de lo que debía. Amaba tanto a Marcos que cualquier cosa que pudiese ir mal, le dolería en el corazón.

Sara quería que todo siguiera como hacía unas semanas, donde el amor, la serenidad, la alegría y la sinceridad gobernaban la casa.

Marcos la ha abrazado de nuevo y, en ese abrazo, Sara ha notado que él temblaba y él nunca había temblado al abrazarla. Cuando ella se ha sentado a

su lado y lo ha mirado a los ojos otra vez, Marcos ha evitado esa mirada sensual y brillante de Sara.

Ella lo ha notado, pero de nuevo han venido esos sentimientos que la hacían pensar que a Marcos le estaba pasando algo.

- Sara, voy a ducharme. Hemos trabajado hoy como leones en el taller. Estoy agotado. Hemos podido cerrar antes porque no hemos parado ni a comer – comentaba Marcos en voz baja, desprendiendo un tono de cansancio en sus palabras.

- No te preocupes. Me lo imagino. Te he visto trabajar así muchas veces. Mi día no ha estado mal, pero tengo las plantas de los pies, destrozadas -añade Sara, masajeando los dedos con sus propias manos.

- No sé por qué se os prohíbe sentaros durante el trabajo. Os tratan como esclavas. No sé qué demonios hacen los sindicatos por vosotras.

- Lo sé. Hemos protestado. Echamos muchas horas en pie y los tobillos se hinchan. Pero me encanta lo que hago. Las clientes

son muy amables conmigo y me gusta ese contacto con el público, Marcos.

- Sé que te adaptas a todo. Podías haber llevado una vida fácil sin mí. Ahora estarías como una reina, si te hubieras casado con alguno de esos pijos que te presentaba tu padre -dijo Marcos, bromeando.

En el fondo a ella le mataba el simple hecho de que le insinuara eso.

- No. Pero yo no quería eso. Yo te quería a ti. Y no dejé nada. Marcos, me lo diste todo, me diste

esa felicidad que yo buscaba y que no encontraba.

- Voy a ducharme. Tengo un hambre que me muero. Después de la cena, te comeré a ti – añadió Marcos, sin borrar la sonrisa esa cara.

Pese a esa normalidad, Sara había notado algo en sus palabras, en el tono, en su forma de gesticular que le resultaban sospechosas, extrañas, ajenas a ese Marcos que ella había conocido no hace tanto tiempo y con el que se había casado porque estaba

enamorada, muy enamorada de él, desde que lo viera en la discoteca aquella noche.

No quería volver a pensar de esta forma, pero se quedaba con esa sensación tan extraña que hacía sentir esa nueva forma de actuar y de hablar de Marcos, que, aunque él no lo notase, para ella había una gran diferencia con los días anteriores. Eso la hacía sentirse triste.

Antes de dirigirse a la cocina a preparar algo para cenar, Sara colocó los pies sobre un puf que había frente al sofá. Cogió el mando del televisor y encendió la tele. Un estúpido concurso

dominaba la pantalla y Sara comenzó a hacer zapping con un rostro aburrido, sin dejar de pensar en ese cambio de actitud de Marcos.

Estaba comenzando a agobiarse, pero no quería preguntarle a Marcos nada sobre el tema ya que no quería que él creyese que ella estaba dudando de los sentimientos de él.

Desde el salón, se escuchaba el ruido del agua. No era la primera vez que ella lo había sorprendido en la ducha y se habían amado intensamente mientras los chorros de agua caían sobre sus cuerpos.

Entre sus fantasías sexuales, estaba el hecho de reproducir algunas escenas de película y tanto la ducha, como la bañera, eran espacios ideales para hacer realidad toda esa clase de fantasías. Esta vez no iba a ser menos y, sabiendo que Marcos no estaba en su mejor momento, iba decidida a sorprenderlo.

Se desnudó lentamente en el comedor. Se soltó el pelo que había recogido con un coqueto moño y, sonriendo, dio los primeros pasos hacia el cuarto de baño.

De repente, comenzó a sonar el móvil de Marcos que había dejado sobre la

mesa del comedor. No solía cogerlo porque normalmente las llamadas a Marcos provenían del trabajo o de algunas empresas publicitarias. Con los amigos y familia solía comunicarse a través de *wasaps*.

Una señal, un signo, la obligó a coger el móvil. La noche ya se había echado sobre la ciudad, aunque la temperatura era agradable por esas fechas del año. Miró la pantallita y descubrió unos mensajes.

Sara los leyó y su rostro cambió enseguida. La tristeza mudó sus facciones lisas y hermosas. Su cuerpo se quebró allí mismo en el comedor.

Comenzó a llorar como una niña. Soltó el móvil. En la pantalla, Sara leyó mensajes como los siguientes:

“Te echo de menos. Recordar es una forma de amarte”.

“Me gusta estar contigo. Me gusta que tiembles cuando estás a mi lado”.

“Tengo unas ganas locas de besarte”.

En esos momentos Sara notó cómo le arrancaban el corazón, cómo se hundía rápidamente, cómo sus ilusiones se habían visto rotas de la manera más rápida e injusta que jamás pudo

imaginar. Quería que la tierra se la tragase, quería encontrar una sola razón por la que aquello no fuese cierto, pero era inevitable, lo había leído con sus propios ojos y aquél mensaje no traería nada bueno.

No sabía qué hacer. No sabía cómo actuar. Pacientemente, recogió la ropa y, desnuda, se fue al cuarto. El ruido del agua cesó. Marcos comenzó a secarse y pudo escuchar el llanto de Sara al otro lado de la pared. Se ató la toalla a la cintura y salió deprisa buscando a su mujer. Quería saber qué había sucedido.

Marcos no podía imaginar que Ángela

hubiese sido tan imprudente y tan torpe. Por esa razón, había dejado el móvil sobre la mesa. Una mujer que quiere ocultarse no realiza ese tipo de maniobras. En un primer momento, Marcos no pensó que la causa de ese llanto fuesen los mensajes de Ángela, sino algún otro motivo.

Pero de todas formas ya vivían un engaño. Podía ser cualquier cosa. En el fondo, vivía con miedo por todo lo que le estaba sucediendo.

Al abrir la puerta, se encontró a Sara, vuelta de espaldas, con su rostro entre las manos. Temblaba bajo un albornoz. Cuando ella reconoció la voz de

Marcos preguntando qué sucedía, lo primero que dijo fue “cerdo”:

- Eres un cerdo. ¡Traidor! - exclamó ella, con los ojos cargados de lágrimas. El maquillaje corrido le afeaba el rostro. Tenía la cara desencajada y sabía que algo gordo había sucedido.

- ¿Qué sucede? ¿Por qué me insultas? - preguntó Marcos, preocupado.

- ¿Quién es esa furcia que te ha mandado esos mensajes? ¿Quién? Eres un cerdo.

- No sé de qué me hablas, por Dios - quiso mentir para ver si podía solucionar lo que quisiese que fuera y no meter la pata.

- Ángela. ¡Ángela! ¿No te suena ese nombre?

- No sé de qué me hablas. Habrá sido un error. Alguien que se ha equivocado de número al enviar un mensaje. No conozco a ninguna Ángela – la voz de Marcos no sonaba sincera y Sara intuyó que su marido estaba improvisando.

- No me mientas. ¡No me

mientas! ¡No soporto las mentiras!
¡Dime la verdad! Más vale que me
cuentas todo ahora mismo. No
tienes derecho a jugar con mi vida
y mucho menos con mis
sentimientos después de todo lo
que he dejado por ti.

- No sé... Todo tiene una
explicación. Pero necesito que te
calmes. Tranquilízate y hablamos.
¡Por Dios! No quiero verte así.

- Eres un falso. Eres como el
resto. Un mentiroso – y mientras
hablaba, Sara se sentó en la cama,
completamente hundida, al saber
que Marcos tenía que confesarle

algo que, para ella, para ellos, podía ser más que terrible. Tenía la sensación de que toda su vida ya la había tirado por la borda.

- Mira. Te lo voy a explicar tranquilamente. Porque tiene una explicación sencilla que espero que comprendas. Tarde o temprano me vas a tener que escuchar y prefiero que sea ahora. Necesito que te tranquilices y, cuando me escuches, toma la decisión que quieras. Puedes creerme o no hacerlo.

Mientras discutían, Marcos no daba crédito a que aquella mujer hubiese

hecho aquello, que hubiese invadido de aquella manera la intimidad de un matrimonio. Marcos no podía borrar la imagen de aquel cuerpo, de aquel rostro tan hermoso, de una mano que se acercó a la suya para acariciarlo, para sentirlo.

Pero lo que no podía admitir que Ángela, por un mero capricho, hubiese querido que Sara lo supiera. Marcos se había expuesto demasiado y ahora necesitaba que Sara se calmase, que aquella crisis se superara lo antes posible para que aquel matrimonio no se hundiera.

Se sentó al lado de Sara, que todavía

temblaba, entre asustada y enfadada. La noche cerrada había dado paso a una fina lluvia que mojaba los cristales. Las terrazas, húmedas y mojadas, brillaban bajo la claridad de una luna llena que, de vez en cuando, asomaba entre las nubes.

- Entiendo que estés así, Sara. He sido un torpe – reconoció Marcos, con la voz clara.

- ¿Qué me has hecho, Marcos? Yo confiaba en ti. Yo te quiero – dijo Sara, llorando. No se podía creer lo que estaba sucediendo en esos momentos.

- Hace unas semanas, vino una mujer al taller a que le arreglara su coche. El carburador la había dejado tirada unos metros antes. A los pocos días volvió con otro de sus vehículos. Pagó al contado y quiso invitarme a un café. No es la primera vez que algo así sucede y yo acepté porque debemos ser amables con clientes así. Son nuestra principal fuente de ingresos – dijo Marcos, ocultando todos los detalles sobre los sentimientos que sentía hacia Ángela.

- Y ser amable significa que te acuestas con ella, ¿verdad? - dijo Sara elevando el tono de voz de

una forma que jamás él la había escuchado.

- No. No. Déjame que te explique. Me pidió el número del taller y mi número personal porque tenía varias amistades a las que podía recomendar nuestro servicio. A partir de ese momento, no ha dejado de mandarme mensajes de amor. Pero yo no he vuelto a verla. Te lo juro. No quería decirte nada para que no te preocuparas – en esta ocasión, la voz de Marcos sonó convincente. Pero estaba mintiendo.

- Denúnciala. ¿Tu tío lo sabe? -
el tono de Sara sonó decidido.
Sabía que ese hombre era justo y
no permitiría algo que no viese que
estaba bien.

- Lo haré si no deja de
molestarme. Mi tío lo sabe. Pero
no ve gravedad en esa actuación.
Me ha aconsejado que lo deje
estar. Meterme en abogados no va
a conducir a nada – respondió
Marcos sabiendo que no estaba
siendo honesto del todo.

La lluvia golpeaba la ventana del
dormitorio. Sara parecía más

tranquila, pero estaba tocada. Solamente tenía dos opciones. O creer en las palabras de Marcos. O volverse loca y romper con él, con ese matrimonio que tanto esfuerzo le había costado a lo largo de estos tres años. Debía pensar con objetividad y esa noche no era el momento para hacer tal cosa. Marcos la amaba con pasión. Se lo demostraba siempre.

Es cierto que estos últimos días estaba más raro que de costumbre. Pero ahora sabía la causa y él se lo había contado. Debía confiar en él, pues, si no lo hacía, qué sentido tenía seguir a su lado, planear un futuro donde estuviesen presentes los hijos.

No iba a ser fácil, pero Marcos no parecía de esos hombres que se van con cualquiera. El tiempo que fueron novios nunca había tenido la menor sospecha de infidelidad.

Al contrario, ella se sentía constantemente querida y halagada. Las pocas peleas que habían tenido habían sido a causa de los padres de Sara. Marcos escondió también su rostro entre sus manos y comenzó a llorar. Su esposa lo abrazó con miedo, con recelo. Debían pasar esa crisis juntos y ella, por el momento, iba a darle un voto de confianza a su marido.

Sara no podía ver sufrirlo. Sabía que la había estado engañando ya que se lo podía haber contado y no enterarse de esa manera tan ruin, pero no estaba dispuesta a dejarlo llorando. No era su forma de ser, así que lo abrazó fuertemente y lo dejó caer sobre su pecho.

El ruido sordo de la tele en el comedor se apagaba con el rumor hipnótico de la lluvia, cayendo desde un cielo gris. Gris como el corazón de aquel hombre que estaba confuso, que no podía confesar todo lo que en verdad había sucedido con esa mujer llamada Ángela. Maldita sea el día

que la conoció.

Si esa mujer no hubiese aparecido por la vida de Marcos en ese momento, nada de esto habría sucedido. Marcos se sentía muy culpable de ello. Tenía el corazón encogido y no paraba de aferrarse a Sara como un niño pequeño.

Y esas lágrimas, que no eran lágrimas de cocodrilo, se movían en esa difícil situación. O quedarse con Sara. O arriesgar y ver a esa mujer espléndida que lo excitaba con solo mirarlo. La lluvia no cesaba afuera y Sara comenzó a hablar.

- Me he vuelto loca por un momento, Marcos - dijo mientras lo sostenía fuertemente entre sus brazos.

- Perdóname. No puedo decirte otra cosa. Entiendo que lo hicieras. Entiendo que te volvieras loca. Que quisieras romper conmigo, con todo.

- Marcos, eres lo único que tengo. Eres toda mi vida – confesó Sara con voz temblorosa - No voy a romper con nada ya que eres lo que más quiero en este mundo, en este preciso momento y sobre todo porque sigo confiando en ti. Creo

en tus palabras y sé que no serías tan mala persona de seguir engañándome a pesar de tener ahora la posibilidad de contarme todo.

- Nunca pensé que podía pasarme algo así. Pero te prometo que zanjaré este asunto cuanto antes. Y, si es necesario, denunciaré a Ángela - dijo a sabiendas que eso nunca lo haría y que la estaba volviendo a engañar con sus palabras.

Sara ya no sabía distinguir entre la verdad y la mentira. Las palabras de Marcos sonaban sinceras y ella debía

resignarse a que no hubiera nada más detrás de aquella manifestación en la que Marcos parecía entre confuso y arrepentido. No cenaron esa noche. Apagaron la luz.

El cuerpo de él se echó sobre el de ella y no se besaron por primera vez desde después de la boda. La lluvia cesó y, en la tele encendida, un estúpido cocinero vendía cuchillos que cortaban toda clase de carnes. Hasta el hielo.

La situación era difícil, pero ellos sabían que, después de todo lo que había pasado en sus vidas, esperaban una prueba más que debían superar

juntos y no dejar que nada ni nadie parase lo que con tanto cariño ellos habían construido.

Capítulo 4

Parecían dos extraños, dos desconocidos. Han estado en silencio toda la noche. Apenas han dormido. Han estado buscándose con los ojos. En la oscuridad.

A veces la claridad de la luna dejaba que sus cuerpos aparecieran sobre la cama como dos animales entregados a un cazador. Sara no quería verse jamás en esa situación.

Sara no podía quitarse de la cabeza

aquellos mensajes. No entendía que algo tan bonito que había sucedido entre ellos podía haberse manchado por una situación así tan imprevista. Sentía una presión en la cabeza muy grande. Era demasiado para ella que había apostado toda su vida por esa relación.

Desconfiaba de Marcos, pero también debía tener en cuenta que esas palabras de su marido podían ser ciertas y quizá lo había torturado más de la cuenta al ponerse como una loca, tras leer los mensajes.

El despertador del móvil de Marcos sonó a las siete. Hoy madrugaría. Al

sonar el pitido, Sara imaginó por unos instantes que se trataba de otro mensaje de la tal Ángela. Por suerte, no fue así. Era simplemente esa señal horrible que anunciaba que su marido tenía que alejarse de ella. Por primera vez no le molestó que Marcos abandonara la cama.

Quiso él darle un beso en los labios, pero ella se mostró huraña y rechazó esa invitación al afecto. Sara necesitaba un tiempo para asumir lo que había pasado, para demostrarse a sí misma que podía soportar aquella prueba en la que se había visto su matrimonio. Marcos, defraudado, se dirigió a la cocina, tras ponerse sus

vaqueros y una camisa vieja. Amanecía. Encendió la cafetera y sacó dos tazas del armario.

Estaba muy dolido por haber provocado esta situación tan desagradable. Sabía que ella no se merecía eso, pero ya estaba todo hecho y en el fondo algo le decía que estaba entre dos mujeres, sentía que Sara era el amor de su vida pero Ángela no dejaba de ser su amor prohibido.

Quería prepararle también el café a su esposa. Miró su móvil y afortunadamente no había rastro de Ángela, aunque no podía quitarse de

la cabeza esa declaración de amor de aquella mujer, su compromiso a verse de nuevo para saber que era verdad que Marcos sentía algo más intenso que el amor cuando la vio desde que entrara en el taller. Volvió al cuarto y Sara estaba sentada sobre la cama. La sábana envolvía sus senos.

- ¿Estás más tranquila? - preguntó Marcos.

- No. No quiero hablarte. Déjame tranquila unos días. Necesito entender qué ha pasado. Necesito saber que lo que me has dicho es cierto y que puedo confiar en ti. Ahora mismo ponerte

buena cara sería fingir, sería para no hacerte daño. Pero prefiero no hacerlo ya que tú no te has preocupado en pensar que tenías una mujer que la había dado todo por ti y te has lanzado a jugarte todo lo que tanto nos ha costado construir.

- No ha pasado nada. Ella ha sido la que ha jugado conmigo. Con nosotros. No sé cómo demostrarlo, Sara. Necesito que me creas. No soy ningún impostor.

- Quiero pensar que es verdad lo que dices. Pero, por favor, dame tiempo. No es fácil para mí.

Detrás de mí llevo una gran carga. Renuncié a mi familia, a los consejos de mi padre, al cariño de mi madre, al de mis hermanos por estar contigo. Además pudiste haber cortado eso radical, así que no le echas tanto las culpas a ella que el que está casado eres tú.

- No hace falta que me lo recuerdes. Ya sé que, para tu familia, no significo nada. Por esa razón, sabes que te quiero demasiado para hacer una tontería como esa.

- Marcos, hay algo en tu voz, en tu forma de mirarme, de moverte,

que me dice que todo lo que me has contado es una verdad a medias. No termina de convencerme mucho tu explicación. Además te vuelvo a repetir que tú eres el que debías haber frenado todo aquello. Si le hubieses puesto las cosas claras, ya no te habrías vuelto a poner un mensaje.

- ¿Por qué desconfías de mí?

- Porque te conozco demasiado. Porque sé que la verdad no ha salido de tus labios, al menos toda la verdad. Ninguna mujer es tan estúpida de mandar un mensaje al

móvil de un marido, si no está segura de lo que quiere hacer, si no está segura de que va a ser correspondida. Sabes que tengo razón, no has hecho ni lo más mínimo por contestar delante de mí a ese mensaje y decirle que de qué va, qué es todo un atrevimiento por su parte, pero claro si no has cortado esto antes, no sería normal que te enviase ese tipo de mensajes.

- Le das demasiadas vueltas a la cabeza. Y la cosa es sencilla. Ella vino. La invité a un café que ella me pidió porque es una clienta que podría atraer a otros muchos

hasta el taller.

- No he dormido en toda la noche. Tus miradas y tus abrazos estaban llenos de temor. Temblabas sobre mí. Respirabas con dificultad, como si hubiese algo dentro de ti que no te dejara vivir. Además, no me convence eso del café Me hubiese encantado ver por una cámara de que hablábais.

Marcos volvió a la cocina y preparó los cafés. La luz del sol inundaba las calles y también el espacio de aquella

cocina, montada con muebles baratos de IKEA, pero que era muy coqueta. Sara se colocó el albornoz y se acercó a la cocina.

La cara de Sara era de dolor total. No podía cambiar su semblante, no podía aceptar la idea de haber sido traicionada por la persona que más amaba en este mundo y sobre todo por la que había dejado toda su vida de lado.

Otras mañanas se hubieran besado apasionadamente antes de marchar cada uno a su trabajo. Ahora solamente el silencio dominaba aquel momento en que sus miradas se

evitaban.

Marcos miró por la ventana con la intención de buscar algún lugar en el que fijar sus ojos para que Sara no leyera la falsedad de sus pensamientos, los sentimientos que estaban brotando en su interior hacia aquella misteriosa mujer que se llamaba Ángela.

Marcos sabía que iba a tener que afrontar la situación de diferente manera ya que no podía sacarse de su cabeza a aquella mujer y quizás algo le decía que iba a suceder algo entre ellos, pero por nada del mundo quería perder a su esposa.

- El café sienta genial por las mañanas -dijo Sara con un tono agradable. En sus palabras había intención de relajar aquella tensión que se podía cortar con una navaja.

- Es cierto. No hay nada como un buen café para ponerse a tono. ¿A qué hora entras hoy? – dijo Marcos también para quitar importancia al asunto y cambiar de tema bruscamente.

- A las nueve. Hoy entro un poco más tarde. Marta es la que hoy repone los perfumes. Pero

saldré también un poco más tarde a mediodía.

- Yo tengo que terminar con un coche. Lo hemos tenido que desmontar pieza por pieza. Ayer fue un día terrible. Tuvimos dos reparaciones urgentes y dejé este coche a un lado. Quiero adelantarme hoy y acabarlo antes de que venga el dueño -dijo Marcos con un tono intranquilo.

- Marcos, quiero que me entiendas. Yo he tenido siempre en una nube nuestra relación. Tuve

muy pocas parejas antes de salir contigo. Aquellas relaciones eran más propias de una quinceañera que de una chica que aspira a encontrar una relación seria y madura. Marcos, tú has sido como un príncipe azul para mí. Y no tengo otra ilusión en la vida. Solamente a ti y todo lo que a ti te rodea. Mi vida eres tú, tus amigos, tu familia. Yo lo he perdido todo. Mis amigas de toda la vida también me han dado de lado al saber que me había casado contigo. Y, de repente, sucede esto. ¿Cómo crees que me siento? - dijo con el alma desgarrada de dolor.

Marcos siguió mirando a la calle. Un nudo en la garganta le impedía seguir hablando. Escuchar aquellas palabras de Sara provocaron una reacción en su interior cercana al arrepentimiento. No podía seguir mintiendo. Es cierto que sentía cosas por Ángela que no había sentido antes con Sara.

Aquella mujer que lo había tentado parecía una mujer mucho más madura. Su elegancia y su porte eran hechizantes. Y, aunque Sara tenía un cuerpo precioso, también él sentía una atracción física por tocar y besar ese otro cuerpo que vestía como una

auténtica diosa. Pero no podía joderle la vida de esa forma a Sara, cuyas palabras estaban cargadas de razón.

No podía seguir en este juego absurdo. Debía confesar a Sara que Ángela no era la única culpable de aquel engaño, sino que él también había participado en esa infidelidad que todavía no se había consumado completamente. Giró la cabeza y miró a su esposa, y, con los ojos vidriosos, quiso expresarle que Ángela había enviado esos mensajes porque él, de alguna forma, lo había consentido.

- No te he dicho toda la verdad. Sucedieron más cosas. – dijo con

voz cabizbaja arrepentido por no haberle dicho toda la verdad a su mujer.

- Sabía que estabas ocultándome algo. ¡Dime toda la verdad! – gritó mientras que sus ojos se empañaron de lágrimas.

- No fue solamente una vez. Nos encontramos en el bar enfrente del taller más veces. Te juro, Sara, que no hubo ningún encuentro físico. Solamente hablamos. Pero debía de haber cortado mucho antes todo esto y no haber permitido tomar ni un café más con ella.

- ¡Me has mentido! ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? - dijo ella, completamente hundida. Desde el primer momento ya había tenido claro de que él no lo había contado la verdad entera, solo lo hizo a medias.

- Lo sé. Sentí algo hacia ella. Pero anoche y esta mañana he descubierto que solamente ha sido una fantasía, un juego patético. Yo te quiero a ti y, después de esos mensajes, te quiero más todavía – contestó Marcos, con la voz

cargada de tristeza y rabia contra sí mismo. Aunque no tenía claro si iba a poder romper ese contacto con Ángela, pero estaba dispuesto a intentarlo.

- No quiero que te acerques a mí en mucho tiempo. ¡Quiero que me dejes tranquila! ¡Si tienes algo más que confesar, hazlo!- la voz de Sara sonó a súplica desesperada. Le faltaba el aire, la vida, no podía creerse que su príncipe azul le hubiese fallado de aquella manera tan injusta.

Marcos tenía la intención de

abrazarla, pero al escuchar las últimas palabras, decidió no tocarla, decidió dejar que ella tuviera su espacio. No quería presionarla. Marcos también estaba destrozado. Había descubierto que Sara verdaderamente era la mujer de su vida, la mujer de la que se había enamorado para siempre, pero sabía que la había cagado de una manera bestial y que iba a costar mucho trabajo que ella volviese a confiar en él.

Las artes hipnóticas de Ángela de poco habían servido y tenía que dar marcha atrás a aquella locura que estaba poniendo en peligro todo,

absolutamente todo lo que Sara y él habían construido con fuerza y pasión, pesé a las dificultades. La luz de la mañana alargaba sus sombras, eran dos sombras apenadas, urdidas en la inseguridad y en la desolación de un incidente que había trastocado la estabilidad emocional de aquella pareja, su felicidad. Marcos no dejaba de preguntarse cómo había podido ser tan idiota al ser engatusado por aquella mujer.

Nunca tenía que haber dado el paso de prometerle una nueva llamada, una nueva cita, y eso es lo que debía confesar ahora a su mujer. Sabía que todo aquello le iba a provocar mucho

más dolor pero ya tenía que terminar de ser sincero y contarle toda la verdad.

- Le prometí a esa mujer que volvería a verla, que la llamaría – dijo Marcos con su rostro arrasado por unas lágrimas que Sara jamás había visto. Ni siquiera en los peores momentos de la relación, cuando Marcos y ella tuvieron que hacer frente a los insultos del padre de Sara, quien odiaba que aquel simple mecánico hubiese conquistado el corazón de su hija, de su única hija, en la que tenía puesta toda clase de ilusiones.

- Pero, ¿cómo se te ocurre hacer tal cosa? Si no descubro los mensajes, habrías seguido hacia delante – dijo Sara con un nudo en la garganta que casi no la dejaba hablar.

- Estaba cegado, Sara. Solamente te pido que me perdones. No soy de ese tipo de hombres que se van con la primera que pasa. He jugado con fuego y me he quemado. No he sido más que un imbécil -dijo Marcos, sollozando.

- Pero, Marcos. Sé sincero. ¿Me quieres?- preguntó Sara con voz quebrada. Incluso le daba miedo que la respuesta fuera que no lo sabía. En esos momentos ya se esperaba cualquier cosa.

- Te quiero mucho. Créeme. Voy a solucionar este problema. Voy a alejarme de esa mujer, de esa maldita mujer – las palabras de Marcos esta vez sonaban a sinceridad.

- Vamos a llegar tarde al trabajo. Solamente te pido que me

dejes unos días tranquila. No te acerques. No me mires. Evita hablarme – añadió Sara con tono grave. Era lo que necesitaba en esos momentos, quería encontrarse con ella misma y sobre todo digerir toda la información que había obtenido en tan poco tiempo.

La ciudad despertaba. Voces de gentes se escuchaban desde la cocina. Voces alegres. No acabaron su café. Y un aura de tristeza y de frustración quedó en la cocina cuando aquellos cuerpos dejaron la casa, cada uno por su lado, sin despedirse, sin besarse, como si fuesen dos extraños que hubiesen alquilado una misma casa para vivir.

Marcos tenía el corazón encogido, pero entendía que esa sensación, esa terrible sensación de abandono, no era comparable al sufrimiento de Sara, quien, pese a todo lo que había sucedido, ahora tenía que poner una sonrisa a cada una de las clientas de la perfumería.

De hecho, muchas de estas clientas se acercaban al comercio porque se sentían atraídas por el carácter simpático y extrovertido de Sara. Cuando Marcos condujo el coche hasta el taller, no pensó en nada importante. El dolor en su corazón, la ansiedad y un fuerte dolor de cabeza

le decían que su forma de actuar con Ángela no había sido la de un hombre comprometido con su esposa, la de un hombre que ha entregado su vida a una sola mujer.

No cesaba de repetir en voz alta que había sido un estúpido, que se merecía todo lo que le estaba pasando. Además sabía que no todo había terminado ahí, sino que ahora tenía que solucionar el problema en el que se había metido por no ser lo suficientemente valiente para dejar las cosas claras.

Muchos de sus amigos le habían reprochado que, pese a la seguridad en muchas decisiones que había tomado en su vida, a veces pecaba de infantil, de inmaduro, y eso ahora le estaba pasando factura. ¡Y de qué manera!

Normalmente se colocaba música cuando conducía, pero esta vez no había encendido la radio. A Sara le encantaba la música española, pero ahora no tenía ganas de nada. Solo tenía ganas de desaparecer de aquella realidad, si no era capaz de recuperar a su esposa.

Sin apenas dormir y hundido en esa

tristeza que lo estaba corroyendo por dentro, tenía que llamar a Ángela y dejarle claro que no podían verse, y que esos mensajes habían estado a punto de acabar con su matrimonio. Le dejaría bien claro que amaba a Sara profundamente.

Sara estaba desconsolada. No era capaz de digerir todo aquello que le había sucedido. No podía entender como esa persona, por la que había dado todo, estaba en aquella situación sin haber sopesado todo el esfuerzo que habían tenido que hacer por estar juntos.

Marcos sabía que no podía dejar que Ángela hablara porque sus palabras, el tono de su voz y el contenido de algunas frases eran altamente seductores. No podía volver a caer en su trampa. Seguramente, si no hubiese conocido a Sara, no le hubiese importado dejarse arrastrar por aquellos conjuros de seducción. Pero ahora su vida era otra. Su vida estaba al lado de Sara, a la que tenía que recuperar cuanto antes, volver a enamorarse como aquella vez que se conocieron por azar en la discoteca.

Marcos sabía que lo iba a tener muy difícil, incluso tenía claro que esta

noche al llegar a casa sus vidas iban a hacer totalmente diferentes a las que habían estado siendo hasta ahora.

Aparcó el coche detrás del taller. Algunos de los empleados ya estaban allí ordenando herramientas. Hablaban, bromeaban, comentaban los últimos fichajes de algunos equipos de fútbol. Cuando Marcos entró al taller, lo saludaron, pero notaron enseguida que llevaba mala cara, que algo le había sucedido tras salir del trabajo. Pepe, uno de los trabajadores más antiguos de la empresa, quiso averiguarlo.

- ¿Te encuentras bien, Marcos?

- Sí. He dormido mal y me duele un poco la cabeza. Voy a tomarme un par de aspirinas y se me pasará.

- No te preocupes. Vete a casa y descansa. Nosotros podemos sacar adelante los trabajos.

- No. No. Gracias. Pero estoy bien. A veces tengo fuertes dolores de cabeza. No son migrañas, pero joden igual. Tengo que terminar aquel coche. El cliente va a venir sobre las doce, me dijo -respondió Marcos, evitando hablar de su problema con Sara. Aunque, en el

fondo, le hubiese gustado irse para casa y tirarte en el sofá todo el día sin tener que escuchar ni aguantar a nadie, pero, por otro lado, sabía que estar allí trabajando le mantendría más despejado.

- Vale. Como tú quieras. Si necesitas que te eche una mano, aquí me tienes.

A los pocos minutos, llegó su tío, Julián, y lo llamó al despacho, pues también se dio cuenta de que el rostro de Marcos no era el rostro alegre y luminoso de siempre.

Marcos sabía que le iba a preguntar por lo que le pasaba ya que su tío tenía una habilidad increíble para descubrir cuándo le sucedía algo.

- ¿Qué te pasa, sobrino?

- Nada. Tengo un fuerte dolor de cabeza y he pasado mala noche - respondió a sabiendas de que su tío no se iba a tragar lo que le estaba diciendo.

- ¿Va todo bien en casa? - preguntó el tío con sabiduría. No se creía nada de que solo fuese un dolor de cabeza como le había transmitido su sobrino.

- Sí, sí ... no te preocupes. Ahora me tomo dos aspirinas y se me pasa todo - dijo intentando atajar la conversación lo antes posible.

- No te metas en problemas sentimentales. No te metas en follones con mujeres. Te volverás loco.

- Ya lo sé. No te preocupes, repito. En breve, estaré bien. Voy a acabar de montar el motor del Renault que, en unas dos horas, viene el dueño y quiero que se lo

encuentre listo -dijo Marcos, con un tono sereno.

Al salir del despacho, se dirigió hacia el coche desmontado y se puso manos a la obra. A los diez minutos, su móvil pitó. Dos nuevos mensajes de Ángela iluminaron la pantalla. Notó cómo se le subía la sangre a la cabeza y casi se puso a temblar antes de abrirlo.

“He soñado contigo. Te necesito. Te busco. Te miro en la oscuridad y tu boca recorre cada centímetro de mi cuerpo”.

“No es suficiente con pensarte. Quiero que me toques, que me

abracés, sentirte dentro de mí. Sé que no queda mucho tiempo para que eso suceda".

Cuando leyó los mensajes de aquella mujer, su corazón empezó a latir más deprisa a causa de un sentimiento confuso entre el enfado y la excitación. No era momento para telefonarla. Pensó que ignorarla sería lo mejor por el momento.

Con más tranquilidad, la llamaría. Además, podía hacerlo delante de Sara para que ella viera con sus propios ojos que él estaba acabando con las intenciones de esa mujer, cuyo objetivo era destrozar su matrimonio.

A los cinco minutos, volvió a sonar el móvil.

Los compañeros de trabajo no se dieron cuenta. La música de la radio sonaba por todo el taller y el ruido metálico de algunas máquinas impedía que se escucharan las alertas y llamadas de los móviles personales. Leyó de nuevo, a sabiendas de que aquellos mensajes solamente lo hundían en un dolor cada vez más intenso.

“No me has llamado. No quiero que juegues conmigo. Mi cuerpo te necesita. Sólo para mí. Te quiero solo para mí”.

“Te daré todo. Soy real. Mi cuerpo, mi voz, mis ganas de tenerte cerca para siempre, para que mis labios se mojen en el licor de tu boca”.

De nuevo, ignoró aquellas frases tan poéticas y provocativas para concentrarse en su trabajo.

Estaba mal, todo aquello la afectada. Sabía que esta mujer iba a intentar llegar lo más lejos posible. Tenía una mezcla de sentimientos con los que era muy difícil lidiar. El rostro de dolor de Sara le venía continuamente a la cabeza.

Seguramente, si no hubiese confesado nada de esto a su mujer, si no hubiese tenido ese instante de arrepentimiento en la cocina, ahora mismo estaría como loco devolviendo esos mensajes con otros igualmente provocativos.

Deseoso de estar con ella, habría dejado el trabajo del taller y habría quedado con Ángela para arrojarse a sus brazos como una marioneta que manejan a su antojo. Pero estaba siendo fuerte, coherente con las palabras que le había dicho a Sara.

De hecho, mientras trabajaba, había empezado a planear de qué forma podía reconquistar a su esposa. Unas

flores en el trabajo a mediodía podían ser una buena manera de comenzar, de quitarle importancia a lo que había sucedido. Nunca había sentido Marcos qué era ser culpable y, ahora que lo estaba experimentando, se veía como un ser sucio, completamente acabado, que iba a tener que esforzarse mucho para limpiar su imagen y para sentirse bien con él mismo. No iba a ser fácil. Nada fácil.

Dieron las diez de la mañana y no volvió a sonar el móvil. Una canción de Vanesa Martín sonaba en la radio. Era una de las canciones favoritas de Sara. Una lágrima recorrió la mejilla derecha de Marcos.

*Me siento torpe no se que me pasa
Hago todo al revés
Intento acercarme despacio a tu boca
Y allí provocar una encerrona loca
No, no lo hago bien
Si yo pudiera mirarte a los ojos
Y encontrarte sin mas
Dibujo naranjas en atardeceres
Y pinto tu nombre a pesar de la nieve
Ven, corre y bésame
Parece que todos lo ven
Y yo sigo ahí sin saber por qué
Excusándote, excusándome
Y yo sigo ahí sin saber por qué
Sin saber por qué
Sin tener por qué
Pasó el invierno llovió demasiado*

*Los dos sabemos que
Mi mente y la tuya se paran y sienten
Se callan y aguantan ya saben que
pueden*

Ven, bésame otra vez

Parece que todos lo ven

Y yo sigo ahí sin saber por qué

Excusándote, excusándome

Y yo sigo ahí sin saber por qué

Sin saber por qué

Sin tener por qué

Parece que todos lo ven

Y yo sigo ahí sin saber por qué

Excusándote, excusándome

Y yo sigo ahí sin saber por qué

Sin saber por qué

Sin tener por qué

Parece que todos lo ven

*Y yo sigo ahí sin saber por qué por qué
por qué*

Parece que todos lo ven

Y yo sigo ahí

Anda y bésame

Vuelto de espaldas, trabajando, sus compañeros no podían ver que Marcos estaba acordándose de Sara. Era una canción bonita que hablaba de los sentimientos que tantas veces su mujer y él habían experimentado uno al lado del otro, mucho antes de que se torcieran las cosas como se habían torcido.

De repente, escuchó la voz de Pepe que lo llamaba. La canción de Vanesa

Martín aún no había terminado. El taller se había llenado de esa luz clara y espléndida del cielo despejado de la mañana.

- Te busca una mujer.

- Voy -gritó Marcos, ansioso y con un nudo en el estómago, pues se temía lo peor. De nuevo, Ángela estaría allí para invitarlo a un café, para confundirlo, para reclamarle esa cita que él estúpidamente le había prometido.

Se limpió las manos con un paño y salió afuera. No era la mujer que esperaba y a la que debía poner en su

sitio. Era Sara. Había ido a buscarlo. Estaba preciosa con el uniforme de la perfumería, con sus labios encendidos por un rojo magenta. Su pelo recogido le daba un aire juvenil que a Marcos le encantó.

Su rostro de tristeza cambió a uno mucho más luminoso, lleno de vida ahora y de energía. Los ojos de Marcos comenzaron a brillar y a Sara le hizo sentir que era de verdad.

- ¿Qué haces aquí?

- He venido a que me invitaras a un café. Quería verte. Me ha dolido mucho todo lo que pasó

desde ayer - dijo con la mirada en el suelo.

- Claro, ¡qué alegría me has dado, Sara!- respondió con toda sinceridad.

- Sé que te iba a gustar mi sorpresa. Hace tiempo que no hacemos cosas juntos, cosas tontas y triviales como tomar café o salir a pasear. Vamos de la casa a nuestro trabajo y del trabajo a nuestra casa. Quizás lo que te ha pasado sea por culpa de eso y que la monotonía nos ha podido. Empiezo a pensar qué problema ha podido ser eso.

-Tienes razón. Seguramente hemos caído en la monotonía, confiando en que nuestra relación estaba bien asentada -dijo Marcos, casi susurrando.

Se cogieron de la mano y cruzaron por el paso de cebra hasta el bar donde semanas antes se había encontrado con Ángela, donde hace menos de veinticuatro horas le había prometido a esa mujer que volvería a verla, que necesitaba verla.

Pidieron un café con leche y unas tostadas. Estaban hambrientos. No

habían cenado y estaban agotados. Una mirada de complicidad brillaba de nuevo en los ojos rasgados de Sara, quien parecía dispuesta a perdonar aquel incidente y a pasar página.

Había visto sufrir a Marcos y, además, había sido sincero con ella finalmente. Por dos mensajes estúpidos, no podía tirar por tierra aquel matrimonio. Sería darle la razón a su padre, a su madre y a toda la familia que rechazaron aquel noviazgo desde el principio.

- Quiero estar contigo como antes, como si esto no hubiese

pasado -dijo Sara, con generosidad en sus palabras. Además que lo hacía convencida y segura que aquello podía volver como al principio otra vez.

- Yo también. Yo quiero olvidarme de todo.

- Estás siendo duro, Marcos. Entiéndelo.

- Lo sé. Tampoco es fácil para mí. He sido un auténtico gilipollas, Sara.

- ¿Ha vuelto a llamarte? ¿Has vuelto a recibir algún mensaje? –

preguntó preocupada Sara.

En ese momento, Marcos tragó saliva. No sabía si enseñarle los mensajes que había recibido o mentir de nuevo para que no se preocupara más de la cuenta. Decidió permanecer en esa atmósfera agradable, en esa nueva oportunidad que parecían estar dándose los dos para que la relación siguiera adelante.

Marcos decidió ocultarle esos mensajes y sus palabras volvieron a sonar convincentes, y Sara le creyó.

¿De qué iba a servir leerle aquellos mensajes tan provocativos?

Seguramente ella se pondría peor, sospechando de que la carga sexual de aquellas líneas escondían unos sentimientos mucho más intensos y que Marcos no daba por terminados. Estuvieron hablando de algunos planes para el fin de semana, como pasar alguna noche en una casa rural o de ir al cine, como cuando eran novios, para perderse por la noche en pubs y discotecas, mezclándose con una marea de gente joven y guapa. En el fondo aquello podía encender aquella chispa que se estaba apagando.

Al salir, se besaron. Y Marcos quiso llevarla en coche hasta el trabajo.

Pero Sara dijo que no. Quería caminar un rato, disfrutar de esa luz del día. Además la perfumería no estaba demasiado lejos del taller. “Veinte minutos caminando me vendrán muy bien a mi culo”, dijo Sara, bromeando.

Marcos se quedó parado durante varios minutos mirando la figura de su mujer que desaparecía a lo lejos, un cuerpo espléndido, que movía sensual sus caderas al desplazarse sobre sus tacones. En el fondo también era una diosa que cualquier hombre desearía tener.

Con una sonrisa en la cara, volvió al

taller. Pero esa sonrisa en la cara duró poco. Un Maserati blanco al otro lado de la calle le resultaba demasiado familiar. Alguien a quien reconoció enseguida lo miraba desde el interior del vehículo. Con fuego en los ojos.

Capítulo 5

“Te deseo en la oscuridad. Mi cuerpo será tu obsesión”.

“Me debes una cita. No dejes a una mujer como yo en esta soledad. Podrás arrepentirte”.

A los pocos minutos de seguir con su tarea, sin olvidar que el Maserati blanco seguía allí, Marcos recibió estos dos mensajes. Siguió ignorando esas líneas llenas de excitación y también de amenaza. Una vez que

llegara a casa, se sentaría con Sara y llamaría a Ángela para cortar con ella.

Estaba contento, muy contento, feliz, de que su esposa hubiera ido al trabajo a buscarlo. Sintió que la reconciliación estaba a punto de producirse y que la figura y el nombre de Ángela desaparecían en breve de sus vidas.

No estaba dispuesto a contestar a los mensajes ya que podría jugársela y no quería volver a poner en peligro ese matrimonio que tanto esfuerzo le había costado a los dos sacar hacia delante.

Sin embargo, su móvil dejó de recibir los mensajes para empezar a sonar repetidamente. Era Ángela. Lo que Marcos hizo fue colgar según recibía las llamadas. Aquellas interrupciones estaban entorpeciendo su trabajo y necesitaba la máxima concentración para montar el motor, aunque lo podría hacer con los ojos cerrados. De repente, Pepe lo llamó a voces. Tenía una llamada desde el teléfono fijo del taller.

- ¿Quién es? -preguntó Marcos, asustado.

- Es la voz de una mujer. Parece

que es Sara – contestó Pepe a media lengua.

Marcos se sintió aliviado y caminó deprisa hasta el despacho de su tío, que en ese momento hablaba con unos amigos fuera del taller. Cogió el teléfono con ilusión, esperando escuchar la voz de su esposa, a quien debía tanto y quien parecía dispuesta a perdonarlo y a olvidarlo todo.

- ¿Por qué no has contestado a mis mensajes, Marcos? - la voz de Ángela sonó más sensual que nunca.

Se quedó helado, de piedra. Ese atrevimiento le había sentado como un jarro de agua fría. Lo estaba llevando todo demasiado lejos.

- Te estás pasando. Has invadido la intimidad de mi casa. Y ahora te haces pasar por mi mujer para hablar conmigo en mi trabajo. No podemos seguir así. Tu coche estaba aparcado enfrente. Estabas espiándome – las palabras de Marcos sonaron amenazantes, pues no estaba dispuesto a permitir que esa mujer llegase más lejos con todo esto.

- Qué pronto se te olvidan las promesas. Sabes que me gustas y yo te gusto a ti también. ¿ Esa quinceañera con la que estabas era tu mujer? Enhorabuena. Es una mujer guapa. Pero tú necesitas algo más – añadió Ángela con una voz tersa.

- Has estado a punto de destrozar mi matrimonio. Para ti, a lo mejor es un juego, pero para nosotros está siendo un calvario. Mi mujer se ha vuelto loca cuando ha descubierto tus mensajes. Y tú no tienes ni puta idea de lo que yo necesito, ni ella es tan poco ni tú para tanto

- Yo no he hecho nada. Yo he seguido los impulsos de mi corazón. Me diste tu número de teléfono con total libertad, me invitaste a café sin que nadie te presionara, prometiste que ibas a verme y a llamarme. ¿Estoy mintiendo?

- No voy a caer en las trampas de tu lenguaje. Le das la vuelta a todo. Me has engañado y sigues haciéndolo para que yo caiga en tus redes. Pero me he dado cuenta de que Sara es la mujer de mi vida. Es la mujer a la que yo quiero en mi vida. Espero que te

quede bien claro.

- No seas antiguo. Nadie ha dicho lo contrario. Sé que Sara es la mujer de tu vida. Yo solo quiero verte una vez más. Hablar contigo, compartir contigo un momento de intimidad, sentirme querida, escuchada. No estoy pidiéndote mucho – confesó ella con tono de tristeza.

- No entiendo nada de lo que dices. Estoy intentando arreglarlo todo con Sara. Si quedo contigo y me descubre, lo mandaré todo a la mierda – dijo Marcos suavemente.

El poder de convicción de esa mujer era tan poderoso sobre Marcos que hacía que bajara su tono.

Los efectos manipuladores de las palabras de Ángela estaban influyendo en la voluntad de Marcos. Parecía estar cayendo, sin que se diera cuenta, en las artimañas de aquella bruja que caprichosamente se había fijado en Marcos y quería atraparlo entre sus garras.

Lo que son las casualidades. Si aquel coche no se hubiera averiado metros antes del taller, seguramente Ángela no habría aparecido nunca en su vida.

Por la misma lógica, fue la casualidad lo que condujo a que Sara y él se conocieran en aquella discoteca. Demasiadas casualidades, como para volverse loco.

- Soy una mujer que no quiere estar atada. Me gusta ser una mujer libre, pero a veces siento la necesidad de compartir estos sentimientos con algún hombre. Debo confesar que nunca me había pasado lo que me está pasando contigo. No quiero nada serio. Quiero estar un rato con una persona sencilla, humilde, como te he dicho más de una vez, una persona que está lejos de mi

círculo de amistades donde solo importa el dinero – argumentó Ángela, midiendo bien los silencios. Sabía llevar el control de la conversación perfectamente. Manipulando era la número uno.

- Entiendo lo que dices. A mí me gustaría verte para decirte claramente que esto debe parar. Debe parar, Ángela. No quiero mentir más a Sara. Está sufriendo mucho. No se lo merece, no nos lo merecemos. No puedo estar aquí en medio cuando es a ella a la que quiero.

- Sé lo que es sufrir. Yo también

lo estoy pasando mal. Pero solamente un encuentro aliviaría esta tristeza que me domina cada noche al saber que no te he visto. Un encuentro. Solamente, uno solo. Por favor – la voz de Ángela sonaba a súplica al mismo tiempo que excitante. Sabía medir en milímetros cada una de todas sus palabras.

- No sé qué hacer. Si me prometes que será solo un encuentro y se acabará todo, haré todo lo posible por verte. Pero me tienes que jurar que solamente será una vez. No puedo hacer sufrir más a Sara. Es la mujer de mi vida

- dijo sin poder disimular que estaba deseando al menos tener un encuentro con ella.

- Envidio esos sentimientos que tienes hacia Sara. Te juro que sólo quiero verte una vez, una sola vez. Luego me marcharé y no te molestaré más nunca. Sólo estaré, si tú decides volver a verme.

- Lo que me pides en este momento es demasiado para mí. Mi matrimonio pende de un hilo.

- Imagino todo lo que se te está pasando por la cabeza. Debe ser terrible. No quiero que me tengas

como una enemiga. Por esa razón, quiero verte. Hablamos tranquilamente. Nos relajamos y nos despedimos como se despiden dos buenos amigos que probablemente no se van a ver más.

- Está bien. Si te parece bien, quedamos dentro de una hora y media. Voy a entregar el coche a un cliente y saldré del trabajo. Dame una dirección.

- Nos veremos en un hotel. Si te parece bien, el Trip que hay al salir de la ciudad está muy bien. Es un lugar discreto. Te esperaré

en una habitación para que nadie nos vea en público. Te juro que solamente será este encuentro. Necesito verte una vez más, saber que aún puedo convencer a un hombre, que puedo atraer la atención de alguien que me gusta, aunque amarlo sea imposible - dijo manipulando aquella situación como le daba la gana, sin titubear. Sabía que así terminaría de convencerlo.

- Ángela, puedes tener al hombre que quieras. Tienes un cuerpo precioso. Eres una mujer elegante, culta y sensible. No necesitas rebajarte de esta forma y

poner en peligro mi matrimonio. Yo no valgo nada, ya te lo he dicho. Me gusta la normalidad de vida que llevo junto a mi mujer y no me hace falta más nada para complementarla.

- No puedo tener al hombre que quiera. No puedo tenerte a ti. Pero al menos podré verte una vez más y eso ya es suficiente – siguió rogando cansinamente.

- Siento escuchar eso. Nunca imaginé que, después de casarme con Sara, una persona como tú iba a aparecer en mi vida. Siento de

verdad escuchar esa voz tan triste y melancólica. Pero la amo, amo a Sara con todas mis fuerzas.

- Te espero en una hora y media en el hotel. Pregunta en recepción por Damisela, no por mi nombre.

- Está bien. Lo haré. Por favor, solamente te pido que no me jodas la vida, Ángela. Voy a hacer algo a espaldas de mi mujer. Si ella se entera, mi matrimonio estaría perdido. Y yo no sabría qué hacer en esta vida. No me hundas más de lo que estoy. Por poco consigues acabar con mi matrimonio.

- No te preocupes. Serás feliz con Sara y me harás feliz a mí por tenerte a mi lado durante un rato. Es un gesto que nunca olvidaré, que siempre tendré en mi corazón. Sé que no se puede tener todo en la vida. Respetaré si decides alejarte para siempre.

Con esa última frase, Ángela se despidió. Marcos dejó el auricular y miró al frente. Había bullicio en el taller y otra canción de Vanesa Martín sonaba en la radio.

Sentía que había obrado mal, que estaba accediendo a un juego peligroso. Sabía que otra vez volvía a

jugar con fuego y que esta vez si se enteraba iba a terminar ardiendo. Algo en su corazón le decía que no fuera, pero, por otro lado, sabía que era una única oportunidad que no debía desaprovechar. Solamente sería una vez. Luego todo terminaría.

Debía confiar en las palabras de Ángela, en ese juramento que le había hecho por teléfono de no irrumpir más en su relación con Sara.

Un encuentro. Un solo encuentro y todo acabaría para siempre. Volvería la paz a su matrimonio y por fin

volverían las aguas a su cauce. El amor, ese amor ingenuo y espontáneo que avivaba cada día su relación con Sara, seguiría ardiendo en cada uno de sus corazones.

Salió del despacho. Lo hizo convencido de que lo que iba a hacer era para terminar todo aquello que estaba sucediendo, al menos quería creerlo así, de esa manera sentía que aliviaba algo su peso de culpabilidad.

Nadie del taller sospechó de nada, pues en el rostro de Marcos se intuía tanto la felicidad como la esperanza. Comprobó el estado del motor para su cliente y le entregó las llaves del

coche a Pepe, a quien le dijo que se marchaba a casa porque el dolor de cabeza lo estaba matando.

Necesitaba descansar, le dijo, aunque lo que iba a hacer era precisamente acudir a esa cita. Se quitó el mono de trabajo. Se puso sus jeans y su camisa, y se subió al coche. Sabía que esa cita era diferente a todas las demás, que no sería precisamente un café lo que se tomarían.

Julián, su tío, seguía hablando en un corrillo de hombres sobre política y fútbol. No se dio cuenta de que su sobrino se marchaba a toda prisa. Mientras conducía, recibió un

mensaje de voz de Sara. Su cara fue de asombro total, vaya puntería había tenido. En estos momentos, cualquier tipo de mensaje podría cambiarle su estado de ánimo.

“Me ha gustado mucho hablar contigo, aclarar las cosas. Me siento más aliviada. He descubierto que eres un hombre en el que se puede confiar. Sabes que te quiero y que siempre te querré. Vuelvo al trabajo. Esta noche nos vemos en casa y abriremos una botella de vino. No quiero presionarte, pero déjale las cosas claras a esa tía si vuelve a llamarte. Un beso”.

A Marcos se le encogió el corazón cuando escuchó aquellas palabras, pues sabía que estaba traicionando a su mujer, aunque lo que iba a hacer, lo hacía para salvar su matrimonio. La ciudad entraba en ebullición. Padres y madres recogían a sus hijos de los colegios sobre las doce. El tráfico en la ciudad a estas horas era una pesadilla, pero Marcos iba bien de tiempo. En diez minutos aparcaría en la puerta del hotel.

Tenía miedo, sin embargo, de volver a encontrarse con Ángela, a solas, en una habitación. Pero no le quedaba otra. Denunciar acoso o dejar que

aquella mujer se entrometiera continuamente en sus vidas solamente podría ocasionarle un sinfín de problemas. No podía permitirse el lujo de perder a Sara.

Mientras conducía, recordaba Marcos la terrible conversación que tuvo con su suegro a solas la última vez que pisó la casa de la familia de Sara.

- Eres un muerto de hambre. Mi hija se merece algo más. Tú has conseguido engañar a una muchacha que vale el doble y el triple más que tú.

- No voy a consentir que me

insulte de esa forma.

- Tú vas a hacer lo que yo te diga. Y, ahora que mi preciosa hija no está delante, te voy a dejar claro que rechazo vuestro noviazgo. No vas a disfrutar de ni un solo euro de mi hija. Tú no estás a la altura de nuestra clase. Mi familia pertenece a una estirpe de nobles y Sara tenía todo el tiempo del mundo para elegir a una persona adecuada a nuestros intereses.

- Está subestimando a su hija. Sara es feliz conmigo. Yo soy feliz con ella.

- ¡Déjate de bobadas! Hablas como una furcia de telenovela. Además, por tu culpa, mi hija ha dejado la carrera de Derecho.

- Le he dicho que continuara, que no tenía que renunciar a sus estudios. Yo soy capaz de mantenerla con mi trabajo en el taller.

- Tú no sabes nada de la vida. Tu sueldo es miserable. Me he informado bien. El negocio ni siquiera te pertenece. Maldigo el día en que la conociste.

Aquella conversación llegó a los oídos de Sara y, aunque la madre intentó poner paz, aquel desencuentro fue el motivo de la ruptura definitiva de aquella hija buena, servicial y atenta con toda una familia que esperaba de ella un matrimonio con algún novio perteneciente a una clase alta y con una gran fortuna.

No fue así. Ningún miembro de aquella familia quiso respetar los fuertes sentimientos que unían a Sara con Marcos.

El hecho de que estuvieran enamorados no significaba nada para aquella familia que consideraba que

la felicidad de un matrimonio se basa sobre todo en el dinero. Pero Sara, como había descubierto el propio Marcos, era una mujer diferente, nada clasista y que era capaz de relacionarse con todo tipo de personas.

Marcos vio el hotel al final de la calle principal. Respiró hondo y de nuevo escuchó dos pitidos en su móvil. Aparcó cerca. Por esas fechas, no solían hospedarse muchos turistas. Agradeció que fuese así, pues no quería que nadie lo viese. El sol bañaba aquel espacio amplio y una suave brisa aliviaba el calor de ese día en que todo cambiaría para

Marcos y para Sara. Antes de bajar del coche, leyó los mensajes. Eran dos mensajes de Ángela.

“Gracias por aceptar mi invitación. Has hecho feliz a una mujer y no te arrepentirás”.

“ Cuando vuelva la oscuridad a mi vida sin ti, pensaré en este momento que vamos a pasar juntos”.

Marcos tembló entre emocionado y temeroso. Se puso las gafas de sol y bajó raudo de su coche para entrar al hotel. En recepción, alguien le preguntó qué deseaba y él contestó que Damisela lo estaba esperando en una habitación.

La joven que lo atendió miró en el fichero de su ordenador y le indicó el número de la habitación. Marcos, decidido a poner fin a aquella pesadilla, pulsó el botón del ascensor. Sudaba. Estaba loco haciendo una cosa así. Sara era demasiado importante para él y había que poner fin a esto de una vez. Se metió en el ascensor vacío y volvió a pulsar un botón. Según subía, Marcos no sabía si estaba subiendo al cielo de su libertad y la de Sara o descendiendo al infierno.

Capítulo 6

El aroma a rosas impregnaba el aire de todo aquel pasillo. Moqueta roja. Cuadros con paisajes colgados en las paredes blancas. Un silencio. Pero Marcos notaba la presencia de ella, la inconfundible presencia de Ángela.

Su cabeza jugaba a dos bandas. Sabía que eso no estaba bien y que podía cargarse aquel matrimonio que tan feliz le hacía, pero, por otro lado, sabía que tenía que atravesar el umbral y cerrar ese capítulo.

Llamó a la puerta, cuyo número dorado era 376, y la puerta se abrió sola. El aroma era más intenso y, pese a esa intensidad, respirarlo resultaba muy, muy agradable. Unos muebles blancos y discretos adornaban la espaciosa habitación en la que Ángela en pie, mirando por la ventana, lucía un precioso albornoz de seda transparente donde se podía ver con claridad un atractivo y sugerente juego de lencería.

Eso hizo que la tensión se apoderarse aún más de él.

Sus caderas acentuadas y esa espalda firme destacaban sobre unas piernas

largas y delgadas. Su cuello de cisne, inmóvil, se giró de repente y Marcos pudo advertir las lágrimas en su rostro.

Esa expresión de tristeza no se la esperaba. Se veía el dolor en su rostro. No entendía qué estaba pasando.

- Siéntate cerca -dijo ella con voz suave.

- ¿Por qué lloras?

- Porque he cumplido mi sueño. Has venido. Pensaba que no ibas a hacerlo. Eres muy valiente. Valoraré siempre este gesto.

- No tienes qué decir nada. Creía que debía hacer lo que era justo.

- No he tenido suerte con los hombres. Aunque suene a frase de película romántica, es cierto. Ahora por fin voy a realizar un sueño contigo, aunque sé que tiene su caducidad.

- No tiene por qué ser siempre así. Eres una mujer joven. Encontrarás a alguien que sepa apreciarte como te mereces, Ángela. Una vez que salga por la puerta no puedes pedirme más de lo

que te puedo dar. Aquí se cierra un capítulo entre nosotros dos.

- No es fácil. No sé diferenciar quién me quiere por mi dinero o por mi cuerpo de aquellos otros que me valoran por lo que soy realmente – dijo haciendo oídos sordos a lo que le había acabado de decir Marcos.

- Todos fracasamos en el amor. Muchas de nuestras relaciones se hunden antes de encontrar al amor verdadero -dijo Marcos, cada vez más nervioso. Sabía que estaba a punto de pasar lo inevitable.

- ¿Crees que Sara es el amor de tu vida? -preguntó Ángela, mirando de nuevo a la ventana.

La luz de la mañana suavizaba las formas en aquella altura. Esa luz suavizaba la piel morena de Ángela. No era una mujer, sino una figura bendecida por un aura de misterio que embriagaba a cualquiera que la contemplaba.

Marcos se sentó en el diván, mientras Ángela lo hizo despacio sobre la cama. La seda dejaba filtrar los rayos del sol y su cuerpo era radiante. No se equivocaba Marcos al juzgar en la intimidad que el cuerpo de Ángela y su

forma de moverse le recordaban a una diosa de la Antigüedad.

Mojó sus labios con la punta de su lengua antes de seguir hablando. Eran unos labios que delicadamente se había pintado con matices diferentes de color rojo y violeta. Marcos intentaba no mirarla. Cada vez que hablaba, bajaba sus ojos, un hecho que advirtió Ángela rápidamente y al que pondría remedio en unos minutos.

- Sara es la mujer de mi vida –
dudó Marcos al decirlo.

- Ha tenido mucha suerte. A
veces la belleza más profunda se

encuentra en las cosas más sencillas. Tu sencillez es una forma de ser hermoso en este asqueroso mundo.

- Querías verme. Aquí me tienes. Dime lo que tenías que decirme y yo intentaré olvidar que esto ha sucedido, como espero que hagas tú – dijo aún sabiendo que ella tenía claro lo que iba a suceder y él también lo esperaba. No era tonto. Sabía que iba allí para eso.

- No es tan fácil pedirle a una mujer como yo que olvide tan rápido. Lo intentaré para no hacerte

daño. ¿Has visto lo que me he puesto para ti? Quería que fuese mi primer regalo – dijo con aire muy seductor.

- No sé de lo que me hablas exactamente, aunque debo decirte que estás preciosa. Eres una mujer impresionante – dijo evitando mirar demasiado descarado.

- Una mujer como yo, Marcos, también se cansa de los halagos. Necesita otras pruebas de que esas palabras son ciertas.

En ese momento, Ángela se levantó

de la cama y, descalza, lentamente, con pasos cautos, se colocó frente a él. Marcos tragó saliva. La mujer acarició su rostro como hizo hace menos de veinticuatro horas sobre su mano.

Aquellas caricias excitaron a Marcos, quien, hechizado, besó el vientre de Ángela que estaba a la altura de sus ojos. La luz se quebró en el cuerpo de ella, que se volvió más oscuro, más tentador, más próximo, más deseoso.

- No me puedes hacer esto, Ángela.

- Tranquilo, no has hecho nada.

Mi cuerpo es tuyo. Siempre lo será. No pienses ahora en Sara. No sabe nada. No va a saber nada.

- Tengo que dejar esta habitación. Tengo que dejarte. No podré vivir con esto si sigo aquí, contigo, con tu voz, con tu cuerpo frente a mis ojos.

- He pedido cava. No tardarán en traerlo. Sé paciente. Yo soy la culpable de que te veas así. Pero esas dudas que tienen me excitan tanto ... -la voz de Ángela seguía sonando sensual. Sabía que tenía que hacer en todo momento para terminarlo de seducir y que cayera

en sus brazos.

- ¿No entiendes que puedo hacer daño a una persona que no lo merece? Ella ha vuelto a confiar en mí. No se merece esto. No puedo hacerle más daño del que ya le hice.

- ¿No entiendes, Marcos, que tú me estás haciendo daño cuando me hablas así? Rechazarme de esa forma tan educada duele - dijo para seguir manipulando la mente de Marcos

De repente, tocaron a la puerta. Ángela se alejó de la puerta y se

refugió en el aseo. El camarero esperaba al otro lado del pasillo.

- Abre tú, por favor. No quiero que me vean así. Esta imagen es solo para ti – dijo ella convencida de que su veneno ya estaba haciendo efecto en el cuerpo de Marcos.

El marido de Sara obedeció. Un camarero muy joven entró con una botella de cava envuelta en un paño. El hielo de la champanera brillaba con la claridad de aquel día tan especial para Marcos y Ángela.

El camarero sirvió y agradeció la propina que Marcos había colocado en la palma de su mano. La bebida fría entraría bien. Ángela volvió a aparecer. Sin el albornoz. Solamente la lencería sobre aquel cuerpo de amazona, un cuerpo esculpido por el ejercicio y una belleza natural. Un cuerpo bonito sencillamente como el cuerpo de Sara. Ella sabía cómo andar para provocar más tensión sexual sobre Marcos. Se movía como si fuese la reina de la sensualidad.

- No quiero que me toques. No voy a hacer nada que tú no quieras. Tan solo deseo que me mires como sabes hacerlo. Me encanta que te

sonrojes. Me excita también y tanto... -dijo Ángela con voz de terciopelo, sabiendo que eso estaba provocando en el mucha más tensión.

- Estás preciosa. Mi vocabulario es limitado - dijo con voz temblorosa.

- Brindemos y calla. Disfrutemos del silencio por un momento.

- Tienes razón. Eres como una visión para mí, una alucinación, un espejismo.

- Quiero que te calles. Que

solamente me mires. Sobran las palabras ahora.

Ángela sorbió de su copa, dejando que sus labios se humedecieran para que parecieran más atrayentes al retirar la copa.

Marcos bebió sin dejar de mirar. Estaba completamente perdido delante de aquella mujer que sabía perfectamente cómo hacer que aquel joven marido no se marchase de la habitación.

- Ángela, necesito ir al aseo.
- Adelante. Si necesitas algo,

dímelo -dijo ella riendo.

Mientras Marcos aprovechaba para refrescarse un poco, Ángela extrajo de su escote una píldora que diluyó en la copa de su víctima. A los pocos minutos, salió Marcos del aseo, más calmado y sereno. El agua fresca lo había aliviado un poco, pero el cuerpo de Ángela en ropa interior lo volvió a sumir en una clase de sopor que resultaba insoportable. Marcos necesitaba tocar aquella visión.

- Brindemos por nosotros, por el futuro – dijo Mónica, eufórica, sabiendo que en esos momentos era muy importante que él bebiese de la

copa.

Los dos brindaron y Marcos bebió ansiosamente. Tenía sed. Mucha sed. La píldora diluida en el cava no tardaría en hacer sus efectos y una vez que los hiciese sería una presa fácil.

- Tengo que marcharme, Ángela. Yo he cumplido mi parte del trato. He venido aquí. He estado un rato contigo - decía aún sabiendo que su cuerpo pedía otra cosa totalmente diferente.

- Y me has deseado, y me deseas
- interrumpió ella con descaro.

- No sé a qué te refieres.

- Lo leo en tus ojos. Estás deseando tocarme. Antes me has besado en mi vientre y yo te he frenado. Estabas dispuesto a seguir. Tú mismo lo has dicho. No hay prisa. Sara aún no habrá llegado a casa. Relájate y disfruta de este último día a mi lado.

- No puedes hacerme esto. Debes dejar de jugar conmigo. Todo esto no está bien y sabes que puedes perjudicar demasiado mi vida. Si te importase un poco, me dejarías ir...

- No voy a hacerlo y no voy a

hacerlo porque tú no quieres. Lo estoy leyendo en tus ojos. Tus ojos te delatan. No tienes miedo. No tienes miedo a ser infiel a Sara. Lo que te da miedo es dejarme aquí, sola, sin haber cumplido uno de tus mayores deseos. Tienes la oportunidad ante ti para satisfacer ese deseo insaciable y para hacerme feliz a mí.

- Créeme. No quiero eso. No quiero ofenderte. Pero mi corazón pertenece a Sara. No a ti. Me aparece su cara en mi mente y se me cae la cara de vergüenza por lo que le estoy haciendo.

- Yo no quiero tu corazón. Ni te voy a entregar el mío. Yo te quiero a ti. Quiero este último momento que nos queda por vivir.

- Lo que me pides es imposible. Después de nuestros encuentros y tus mensajes, he llegado a la conclusión de que no puedo herir a Sara, no puedo hacerle daño. Creo que ha sido un error venir aquí. Necesito irme y olvidarme de todo esto, recobrar la vida que tenía feliz junto a ella.

- Pero, ¿qué esperabas encontrar en una habitación de hotel? Sabías perfectamente adónde venías y en

qué juego ibas a participar - dijo de forma recriminatoria.

De repente, la habitación empezó a dar vueltas en la cabeza de Marcos. Sus ojos se nublaron. Un fuerte dolor de cabeza y en las sienes empezó a aturdirlo, como si alguien le hubiese dado un puñetazo en pleno rostro.

Se tambaleó y, con intención, Ángela lo condujo hasta la cama. Cayó como un saco sobre el edredón y, en ese sueño, provocado por la píldora diluida en el cava, oyó unas risas y aspiró el aroma a rosas de unos labios que succionaban

los suyos, como si una mujer lo besara con pasión y desenfreno. Marcos ya no despertó hasta varias horas después.

En la habitación, no había rastro de Ángela. Ni de su ropa. Ni del cava. Miró la hora en su móvil, que estaba en el suelo, junto a la cama. Eran las cinco de la tarde. La luz que entraba a la habitación había adquirido un tono anaranjado. Estaba confuso, necesitaba tomar el control de la situación y saber qué había pasado.

Todo callaba en un extraño silencio. Se levantó con dificultad. Estaba desnudo. Vio su ropa doblada en el diván. Sentía náuseas y se dirigió al aseo a vomitar.

Después de hacerlo, se acercó al lavabo para beber agua. Estaba muerto de sed. Se miró en el espejo y vio el rostro de un hombre hundido, y unas palabras escritas con un pintalabios: “Adiós, Marcos. Hasta siempre. Te quiere Damisela”.

Se quedó impactado con aquel mensaje de despedida y sobre todo porque lo había hecho sin esperar a que él se despertase. Quizás era porque no quería estar para la despedida.

Se vistió rápidamente y salió de la habitación con ligereza. El pasillo todavía olía a ese aroma de rosas que

identificó nada más salir del ascensor con Ángela. Sabía que Sara llegaría sobre las siete a casa. Tenía tiempo de sobra para llegar a casa con tiempo de preparar una cena romántica y de olvidar para siempre esta pesadilla. Ya todo había pasado, aunque lo peor de todo es que no se acordaba de nada y todo lo que había sucedido no lo había disfrutado. Sería todo un interrogante el que le quedaría en su vida.

Posiblemente Ángela lo durmió para amarlo contra su voluntad, porque él había intentado frenar sus impulsos ante aquel cuerpo de diosa. Confiaba en que aquella mujer, una vez cumplida

su fantasía, no lo volvería a llamar, a acosar. Antes de subir al coche, miró que en el móvil tenía varias llamadas perdidas de Sara. Para evitar sospechas, la telefoneó rápidamente.

- ¿Dónde estabas, Marcos? - preguntó ella, preocupada.

- Estaba durmiendo. He acabado el trabajo pendiente en el taller y me vine hace un par de horas a casa. Puse el silenciador al móvil. Tenía un fuerte dolor de cabeza. Era insoportable. Acabo de ver las llamadas. – dijo con voz tristona para dar más credibilidad al asunto.

- Me dijeron en el taller que te habías marchado a casa.

- Sí. Ahora estoy mejor. Voy a preparar la cena, una cena especial para los dos. Tengo muchas ganas de verte, te echo de menos.

- No. No te preocupes. Pedimos algo a domicilio. Me apetece chino. Descansa, Marcos. Llevas unos días de perros. ¿Ha vuelto a molestarte esa loca?

- No. El móvil no ha registrado más mensajes. Yo creo que, al no hacerle caso, habrá buscado a otro para darle la vara. Había pensado en llamarla en tu presencia para demostrarte que era cierto todo lo que te dije. Pero creo que mejor será dejar que el tiempo pase y no darle más importancia a este asunto.

- Tienes razón. Déjalo estar. Te veo ahora mismo. Un beso, guapo - dijo ella con alegría.

Comenzó a conducir. Volvía a sentir la boca seca. Enseguida que llegara a

casa se ducharía. No ha querido preguntar en recepción si Ángela había dejado algún mensaje o si hacía mucho tiempo que se había marchado.

Había cumplido su parte de ese pacto diabólico y ahora debía olvidar aquel mal sueño. La luz de la tarde iba desapareciendo y una oscuridad azul se precipitaba sobre la carretera por la que transitaba, pensando en Sara, en besarla, en abrazarla, en hacer el amor con ella esta noche.

Sus músculos estaban tensos todavía y notaba un molesto hormigueo por sus manos. Pronto se le pasaría. Una vez que se metiera en la ducha y comiera

algo, todos esos síntomas desaparecerían. Llegó pronto al piso.

No había apenas tráfico a esa hora de la tarde por la ciudad, a diferencia de por la mañana. Mañana intentaría ir al trabajo antes de lo habitual para ponerse al día con las reparaciones y para no preocupar a los muchachos ni a su tío.

Abrió la puerta de casa y, como siempre, dejó la ropa sucia en la lavadora y se metió en la ducha. El agua lo iba despertando de este letargo. El cuerpo de Ángela seguía en su cabeza, aquella diosa temible lo había hechizado y volvería a hacerlo si se le

presentara la ocasión, aunque había demostrado ser un hombre fuerte y le había dejado claro que Sara era el amor de su vida.

Después de esas escenas, ya no recordaba nada. Mejor así. Aunque la curiosidad siempre le quedaría.

Mejor no recordar nada de todo aquello. Descansó en el sofá durante un rato. Cerró los ojos y se sumió en un sueño leve más de media hora hasta que oyó que Sara entraba por la puerta.

Estaba alegre y llena de luz. Aquella imagen lo animó cuando abrió los ojos y la vio allí, soltándose su moño y

quitándose despacio su uniforme, como si estuviese dispuesta a hacerle un striptease. A Marcos se le escapó una preciosa sonrisa que iluminó la cara de Sara.

- ¿Cómo estás, cielo? - preguntó ella, con voz viva.

- Estoy mejor. Mucho mejor. Qué guapa te veo, Sara.

- Gracias. Voy a darme una ducha y nos damos unos achuchones antes de cenar -dijo riendo, como si fuese otra persona a la que había dejado hundida esta mañana antes de salir a trabajar.

Se escuchaba el ruido de la ducha y Marcos no se lo pensó dos veces. Se levantó con dificultad y, arrastrando en los pies, se metió de nuevo en la ducha, quitándose el suéter y los pantalones sin que ella lo descubriera.

Se podían escuchar las risas bajo el agua desde el comedor, risas de felicidad, risas de una reconciliación donde no se divisaba por ahora ninguna nube sombría al fondo.

Capítulo 7

Marcos y Sara amanecieron abrazados. La reconciliación había dado sus frutos, pues habían pasado una intensa noche de amor y de pasión, olvidando aquellas sombras extrañas que habían estado a punto de echar a perder aquella relación.

En el fondo Marcos sabía que no había hecho bien acudiendo a esa cita en el hotel, pero era la única forma de que una vez por todas Ángela lo dejara en

paz y no le pusiese más en ningún compromiso.

Sara subió la persiana. Las primera luces alumbraban las terrazas que salpicaban aquel paisaje urbano. Marcos gruñó, pues un rayo nítido le daba en toda la cara. Sara se echó encima de su cuerpo y empezó a susurrarle al oído.

- Levanta, perezoso. Tenemos que trabajar - dijo mientras se lo comía a besos.

- No... no quiero. Vamos a quedarnos un rato más - dijo Marcos, sin abrir todavía los ojos.

- No podemos. El fin de semana está cerca y, si quieres, lo pasamos en la cama. Ni casa rural, ni salidas, ..., los dos, en la cama. ¿Te apetece?

- Sí, sí, por favor. Pero vamos a quedarnos hoy cinco minutos más.

- No puedo. Vamos, levanta. Esta noche seguimos con la segunda parte del combate -dijo Sara, bromeando.

- Qué rabia da. Con lo bien que estaba uno - siguió protestando.

Marcos se levantó desnudo. Su cuerpo atlético, sin una pizca de grasa, brillaba al trasluz de esa tenue claridad que bañaba la habitación. Sara ya se había duchado y se estaba colocando el uniforme de la perfumería.

Su cuerpo también era un cuerpo tan bonito. Su problema es que no sabía sacarle el partido que, por ejemplo, Ángela le sacaba al suyo. Sabía que esa mujer estaba preparada para seducir y hacer de su cuerpo su mejor arma contra cualquier persona.

Pero no lo necesitaba, porque Marcos era el hombre al que había conquistado desde el corazón, desde su sensible

manera de enfocar la vida, dejando de lado un futuro de lujos y privilegios. Para Sara, la vida podía haber sido muy fácil si se hubiese quedado al lado de su padre, ayudándolo en los negocios e inversiones de la familia.

Pero había decidido que su vida experimentara ese giro de ciento ochenta grados que nadie de los que la conocían esperaba. Un flechazo había cambiado por completo su manera de mirar al mundo.

- ¿Quieres un café, verdad? - preguntó Sara desde la cocina, mientras Marcos secaba su cuerpo y comenzaba a vestirse.

- Ponme un descafeinado con leche, por favor - dijo a la vez que recordaba lo que había pasado la tarde anterior.

- Anoche, no te dolía la cabeza. Te portaste como un campeón.

- Me pones a cien, Sara. No sé qué tienes. Me pones a cien. Estoy mejor. Ya no siento angustia. Ni mareos – añadió Marcos, bromeando, desde el dormitorio.

El piso era un piso pequeño. De segunda mano. Lo encontraron por casualidad una tarde que volvían del

cine y se dirigían a una cafetería. Vieron el cartel. Les gustó la zona y decidieron preguntar a los dueños directamente en vez de acercarse a la inmobiliaria.

El precio no era exagerado, pese a que, por aquel año, los precios de las viviendas estaban inflados. Sara ya había encontrado trabajo en una pizzería antes de colocarse en la perfumería y Marcos trabajaba en el taller desde hacía varios años con lo que no tuvieron una enorme dificultad en pedir un préstamo.

Los primeros meses de convivencia no fueron fáciles, pues apenas disponían

de ahorros para pagar los muebles. Dormían en el suelo sobre un colchón y algunas cajas de madera improvisaban mesas y estanterías. Pero eran muy felices. No les hacía falta tener mucho, solo se necesitaban el uno y el otro.

Eran felices y estaban completamente unidos por esa admiración que se tenían desde la humildad y desde unas ganas enormes siempre de besarse y de tocarse una vez que estaban solos.

Sobraban las palabras. Fue esa atracción física, esa manera de sentirse

próximos sin necesidad de nada más, lo que encendía la chispa. Lentamente fueron amueblando la casa y decorándola con cariño, con mucho cariño, a pesar de las dificultades que habían tenido para sacar esa relación hacia delante.

Marcos la besó apasionadamente como hacía cada mañana. Una de sus manos se deslizó por la espalda de Sara y acarició sus caderas suavemente, mientras se desprendía de ella sin ganas ninguna.

- Vete ya, anda. Si no vamos a llegar tarde – dijo ella, riendo, a

sabiendas que si no se aligeraba terminaría dando un ligero revolcón de nuevo.

- No me apetece nada hacerlo. Después de lo que ha pasado, me he dado cuenta de que te necesito más que nunca. Aunque suene a canción de Bustamante, mi vida sin ti no tiene sentido.

- Eres tan tonto a veces. Pero me encanta que me digas eso. Para mí eres la persona más importante de mi vida y lo sabes de sobra. No hace falta que te lo diga, los hechos han hablado por sí solos.

- Lo sé. Sé que te gusta. Esta noche te voy a llevar hasta la estrellas.

- Para ya y vete. Luego, si quieres, puedo pasar por el taller y tomamos café juntos otra vez.

- De acuerdo. Me parece bien. Estaré esperándote, ansioso.

- Parece que seamos novios nuevamente -dijo Sara, con una sonrisa en los labios, pues estaba feliz porque todo estaba fluyendo como al principio y la chispa había vuelto a resurgir entre ellos.

Marcos la volvió a abrazar y besar en la boca. Terminó su café y salió por la puerta, silbando. Sara se volvió a mirar por la ventana. Sorbió de su café todavía caliente y un sentimiento de felicidad embargaba su corazón. ¿Había merecido la pena ese perdón?

Sí, claro que sí, pensó ella y, a los pocos minutos, vio el coche de Marcos que salía del garaje y se dirigía a su trabajo. Seguramente debería haber revisado los mensajes. Debería haberse asegurado que esa mujer no había vuelto a llamar a su marido, pero también es cierto que habría sido una manera de desconfiar de su palabra, de poner en duda otra vez la credibilidad

de Marcos.

Sabía que no merecía la pena ni nombrarlo y sobre todo no hacer pasar un mal momento a su marido demostrando de nuevo esa desconfianza.

Sara no se terminó café. Antes de marcharse cambiaría las sábanas de la cama. De repente, llamaron a la puerta y ella pensó enseguida que quizá Marcos se había olvidado alguna cosa que necesitaba para el taller.

Pero su marido tenía llave. Se acercó y aproximó su ojo a la mirilla. No vio a nadie. Abrió la puerta por si veía a

alguien en el rellano.

Pero no encontró a nadie, tan solo un paquete de color rosa con un lazo azul a sus pies, sobre un felpudo en el que se leía “Bienvenida”. Le extrañó al principio, aunque pensó que podía tratarse de un regalo de Marcos.

No hace mucho tiempo le sorprendía con regalos y pequeños objetos donde demostraba que era una persona detallista, además de demostrarle que siempre estaba pensando en ella.

Sara cogió el paquete que apenas pesaba y lo introdujo en casa.

Cerró la puerta y miró el reloj de su móvil que tenía sobre la mesa. Aún tenía unos minutos para averiguar exactamente qué había en el interior del paquete exquisitamente envuelto y adornado. Le recordaba a esos paquetes de perfume que ella envolvía con suma delicadeza en la perfumería.

Soltó el lazo y arrancó el papel con nerviosismo. Una pequeña caja de cartón blanco estaba delante de sus ojos con la solapa ya abierta.

Abrió la solapa y descubrió más de una docena de fotos. El rostro de Sara, que estaba lleno de luz, se tornó oscuro cuando descubrió lo que mostraba cada

una de esas fotografías. Eran imágenes en las que Marcos coqueteaba con Ángela en el mismo bar que ayer tomaron café para arreglar las cosas.

Una mano de mujer acariciaba la de Marcos. Una mirada sensual de su marido mientras Ángela suavizaba sus rasgos con unos labios insinuantes que, en vez de hablar, parecían que le estaban lanzando un beso a Marcos. Sara contenía las lágrimas. No era demasiado terrible lo que estaba viendo por ahora, pues su esposo le había confesado que había tomado café con Ángela.

Lo verdaderamente terrible vino

cuando aparecieron las fotos de una habitación de hotel donde Marcos se dejaba besar desnudo sobre la cama.

Sus ojos cerrados y los labios de aquella mujer sobre los suyos, una mujer prácticamente desnuda. Y Marcos estaba allí, yaciendo junto a ella, dejándose acariciar.

No pudo seguir viendo más fotos. Alguien que desconocía había dejado ese paquete en la puerta de su casa para que se diera cuenta de la clase de marido que tenía.

Sara se derrumbó mientras la luz de la

mañana alargaba su sombra en una pared blanca donde colgaban algunas fotos enmarcadas de ellos dos en diferentes viajes que habían hecho.

Marcos seguía trabajando en el taller. Estaba cambiando la correa de distribución a una furgoneta que había llegado hace media hora. Una canción de Manuel Carrasco sonaba ahora por los altavoces: “Ya sé, la valiente de los miedos, de tu fuerza siempre aprendo. Deja que por ti lo intento yo. Estoy contigo. No quieras huir. Solo contigo. No tengas miedo. Eres mi sinvivir”. Aquellas palabras de amor inspiraban algunos recuerdos de su noviazgo con Sara durante los primeros meses.

Sabía que era otra de las canciones favoritas de su mujer. Mientras trabajaba, sentía una nueva ilusión en su vida. Ángela no lo había llamado, ni le había enviado más mensajes.

Estaba verdaderamente feliz por cómo estaban transcurriendo las cosas. Estaba decidido a continuar con Sara y estaba agradecido a ella de que le hubiera dado la oportunidad, de que hubiera sido capaz de olvidar ese coqueteo estúpido que él había mantenido con Ángela.

Le preocupaba el encuentro del hotel. Pero había sido discreto y aquella

mujer también lo había sido, y debía confiar en su propia suerte. Sin embargo, aún no sabía Marcos lo que habría de venirle encima.

Dejó la furgoneta y se acercó hacia la puerta de servicio a llamar al almacén para que trajeran nuevos repuestos y piezas que los chicos y él necesitaban para más tarde.

En ese instante, se encontró cara a cara con Sara, cuyos ojos rojos, hinchados, sin luz, sobrecogieron a Marcos. Volvía a sonar la misma canción de Manuel Carrasco por los altavoces a petición de una oyente: “ Si tú quieres, yo quiero soñar. Llévate conmigo

hacia nunca jamás. Contigo vivir, yo quiero vivir. Si tú quieres, yo quiero soñar”.

- ¿Qué sucede, Sara? ¿Qué ha pasado? No me asustes, por Dios - dijo Marcos, exaltado.

- Eres un cerdo, un auténtico gilipollas y yo he sido más gilipollas que tú por confiar en ti – dijo Sara, completamente airada.

- Pero, ¿qué ha pasado? Ven conmigo – dijo Marcos, señalándole el despacho de su tío, que ahora estaba vacío.

Nerviosos entraron en aquella humilde cabina. Sara lo hizo con paso decidido y empujó a su marido cuando estaban en el interior, arrojando las fotos sobre la mesa de las facturas.

La canción dejó de sonar y los compañeros de Marcos continuaron trabajando. Querían mantenerse en la distancia, ser prudentes con aquel escándalo que se estaba organizando en el taller.

- ¿Cómo has podido hacerme esto? Yo he vuelto a confiar en ti. He hecho un gran esfuerzo por volver a creer en tu palabra.

- No puedo explicarte qué ha pasado. No entiendo nada – dijo Marcos, con voz temblorosa, repasando cada una de las fotos que Sara había extraído de aquel paquete de regalo.

- Me has engañado. ¡Me has engañado! ¡Te has acostado con esta furcia! ¡Y yo me acosté contigo anoche! No soy más que una gilipollas. Tenía que haberle hecho caso a mi padre. Cómo me equivoqué contigo -exclamó Sara, fuera de sí.

- No puedes acusarme de esa manera. No te reconozco en esas

palabras. Yo no soy así – repuso él, con un nudo en la garganta.

- ¿Pretendes que yo me trague esas patrañas? ¡No estoy ciega! ¡Las fotos te delatan! ¡Tus mentiras te delatan! No puedo creerte - exclamó Sara con firmeza.

- Me ha engañado. Ángela me dijo que si quedaba con ella por última vez, nos dejaría en paz. Yo no tengo nada con ella, te lo juro – añadió Marcos, con lágrimas en los ojos.

- No me sirve de nada tu explicación. ¡Me has mentido y en

el mismo día que había vuelto a confiar en ti! ¡Soy una imbécil! ¡Me siento sucia! -Sara rompió a llorar de nuevo según pronunciaba cada una de estas palabras.

- ¡Te juro que esas fotos no significan nada! ¡Me llamó y acordamos que si nos veíamos, ella me dejaría en paz! -confesó Marcos, tragando saliva, temblando.

- Me dijiste que no te había llamado, que no te había enviado ningún mensaje. Me dijiste que te habías marchado del taller porque tenías un terrible dolor de cabeza.

¡Vuelves a mentirme!

- Tienes razón. Te he mentido, pero yo no hice nada. Sucedió. Perdí el conocimiento. Le dejé claro a Ángela que solamente te quería a ti. Te lo juro – suplicó Marcos, con lágrimas en los ojos.

- No te creo. No voy a tragarme tus mentiras. Aparecéis desnudos en esas fotos. Pero no me preocupan las fotos del hotel, sino las otras fotos del bar de enfrente. Tu cara es la cara de un bobo y ella te está acariciando y tú te dejas – dijo Sara con seriedad, sin llorar en esta ocasión.

- Perdóname, por Dios. Entiendo tu enfado. Pero no he hecho nada. No me acosté con ella. No era consciente de lo que hacía. Es una trampa, una maldita trampa. ¡Tienes que creerme! -volvió a suplicar Marcos, desesperado.

- No puedo creerte. Fuiste a un hotel a verte con ella, mientras, horas antes, yo estuve aquí, contigo, intentando solucionarlo todo, tragándome mi orgullo para no perderte y ahora me encuentro con esto.

- Tienes que confiar en lo que

digo. Te lo repito. Tienes que creerme, Sara, por Dios-dijo Marcos, hundido.

- No voy a seguir con esta conversación absurda. Me has jodido la vida. Eres un imbécil. Un perdedor. Qué razón tenía cada uno de los miembros de familia. Quiero que desaparezcas de mi vida. Quiero que te vayas de casa. Créeme que la que está sufriendo de verdad soy yo. Esta decisión me duele más que a ti.

- No me hagas esto, por favor. Deja que te lo explique todo tranquilamente. Alguien nos está

tendiendo una trampa, Sara -
insistió Marcos con la voz rota.

- No veas más películas. Acepta lo que has hecho. Sé un hombre de verdad. No te quiero en casa. No vas a tener problemas en encontrar casa, además siempre te queda esa habitación de hotel -dijo Sara con tono amenazante.

Las voces se apagaron y ella salió del despacho con paso firme, ahogada en lágrimas. No miró hacia atrás. No quiso ver la imagen destruida de Marcos, cuya figura se desplomaba en la silla.

Las fotos se mezclaban con el mar de facturas y albaranes sobre la mesa. Marcos sollozaba y su rostro se enterraba en sus manos. Nunca había sentido un golpe tan brutal.

No podía asumir que estaba solo, que Sara había desaparecido de su vida. Se sentía como un pelele, como un muñeco de trapo. Había sido vapuleado por una mano invisible que inteligentemente lo había empujado a un precipicio.

¿Qué podía hacer ahora? No había tenido la oportunidad de explicar la secuencia lógica de acontecimientos, pero, ¿de qué iba a servir? Sara tenía razón. Había sido un imbécil. Había

obedecido ciegamente a las instrucciones de Ángela y ahora había perdido todo.

Nadie se acercó a consolarlo en aquel momento. Se encerró en el despacho y volvió a ver cada foto, a fijarse en cada detalle. Las fotos habían sido realizadas por un profesional y desde lejos.

Todo había sido planificado cuidadosamente. No podía dar crédito a todo lo que le estaba sucediendo. En veinticuatro horas, había liquidado su futuro al lado de Sara y su mujer tenía razón. Marcos entendía la posición de su mujer.

Había un culpable y ese culpable era él por dejarse engañar por aquella mujer llamada Ángela. Respiró hondo y su corazón se encogió de nuevo para continuar llorando mientras uno de sus trabajadores, Pepe, decidió acercarse para no dejarlo tan solo.

Capítulo 8

Marcos dejó de trabajar a mediodía. Hizo lo que pudo. Pepe lo animó e intentó calmarlo, aconsejándole que, cuando llegara a casa, seguramente podría hablar con Sara tranquilamente.

- Lo entenderá – dijo Pepe, intentando buscar la serenidad en Marcos.

- No sé qué me ha pasado. La he jodido con Sara. La he jodido bien. Nunca me lo perdonará. Esas fotos son asquerosas. Yo no he hecho nada

de lo que muestran esas fotos -dijo Marcos, justificando cada una de sus acciones con Ángela, sabiendo que esta desconocida se la había jugado, bien jugada.

- No sé exactamente de lo que hablas. Te vi tontear con esa clienta, que estaba buenísima, pero no sabía de qué iba la historia. No me gusta meterme en ese tipo de cosas. Noté que tu tío Julián la miraba con desconfianza. Sabes que él es muy listo y cala rápidamente a las personas.

- No hice nada, Pepe. Solamente fue un coqueteo estúpido. Se me fue

de las manos. Al principio, no le di importancia. Sara no iba a saber nada, porque, en realidad, no había nada que esconder y ocultar. Pero luego empezaron los mensajes de amor, y luego las citas... la he jodido bien -dijo Marcos llorando.

- No le des más vueltas. Debéis hablarlo. Debes darle tiempo a tu esposa. Ponte en su lugar, pero, si ella te quiere, te comprenderá y te perdonará – añadió Pepe. Sus palabras sonaban coherentes a los oídos de Marcos.

Pepe era como de la familia. Su mujer había muerto hacía unos años y el

trabajo en el taller lo ayudaba a evadirse de los recuerdos. Más de una vez lo había confesado a sus compañeros de trabajo. Llevaba muchos años en aquel taller y había sido un maestro para Marcos durante mucho tiempo.

A las dos, se subió a su Nissan y salió disparado hacia casa. Marcos debía hablar cuanto antes con Sara. Los jueves solía comer en casa antes de volver al trabajo. Una luz maravillosa y un cielo despejado de nubes chocaban con la pena que embargaba su corazón.

Llegó en pocos minutos. Y Sara lo esperaba en casa. Estaba sentada en el

sofá con un paquete de pañuelos de papel entre las manos. No dejaba de llorar y continuamente se secaba las lágrimas.

Marcos pudo escuchar la llantina antes de entrar. Al abrir la puerta, aspiró una bocanada de aire con la intención de explicar las cosas ordenadamente para que su mujer accediera a darle otra oportunidad.

Pero era demasiado tarde. En el pequeño vestíbulo, antes de encarar el pasillo, estaban una serie de maletas. Sara no lo saludó. Desde el sofá, comenzó a hablar sin mirarlo, deteniendo por unos momentos el llanto.

- Ahí tienes tus cosas. Si necesitas algo más, puedes venir a recogerla cuando quieras. Tienes dos días, porque después cambiaré la cerradura de la puerta -dijo ella.

- Creo que te estás pasando. No me estás dando ninguna oportunidad para que te explique lo que ha pasado en realidad.

- Me importa una mierda. No quiero saber nada de ti. Quiero tenerte lejos. No verte más en la puta vida. Ha sido un fracaso estar contigo, dejarme arrastrar solamente por mis instintos.

- No quiero perderte. Yo no soy el único culpable de lo que ha sucedido. Me han tendido una trampa. ¿Con qué intención me han echado esas fotos? ¿Por qué te las han enviado?

- No me importa lo que haya pasado ni quien esté implicado en esta historia. Me has mentado y te has acostado con otra tía. Me siento como una mierda -dijo Sara, levantándose del sofá y mirando a los ojos de Marcos.

- Está bien. Haré lo que me digas. No quiero empeorar las cosas. Si

necesitas algo, estaré en casa de mi hermano o en casa de mi madre.

- No voy a necesitar nada de ti. Venderé la casa y hablaré con un abogado para pedirte el divorcio. No quiero tener nada que ver contigo. Desde luego que mi padre bien razón que tenía. Yo estaba ciega perdida y no lo veía.

- Creo que estás yendo demasiado lejos. Debemos hablar las cosas primero. No podemos tirar por la borda todos estos años. Por favor, Sara, escúchame -dijo Marcos con tono de súplica.

- No. Lo tengo claro. Debemos romper. Debemos seguir cada uno nuestro camino. Me siento fatal. Me has destrozado el corazón. No sé con quién me he estado acostando todo este tiempo. Nos equivocamos, Marcos, al casarnos de forma tan rápida. Quizá no nos conocíamos lo suficiente -sentenció ella.

- Mi intención nunca ha sido herirte. No voy a negarte que, al principio, hubo una atracción hacia esa mujer, pero enseguida me di cuenta de que tú eras la única persona que me importaba de verdad. Luego, cuando me pidió una

última cita, lo hice por nuestro bien. Ángela me juró que era la única forma de que ella nos dejara en paz para siempre – explicó Marcos con serenidad.

- Claro. Y, por eso, te la follaste. Por eso te encerraste con ella en una habitación de hotel. ¿Te gustó su juego de lencería? ¿Lo pasaste bien, verdad? ¡Hay que ser imbécil para creer que yo me puedo tragar una cosa así! Quien me haya enviado las fotos me ha hecho un favor. Te ha desenmascarado. Marcos, sal de aquí cuanto antes. Pronto recibirás noticias de mi abogado. Yo no quiero

escuchar más tu voz. Todo esto es patético – acabó de decir ella, volviendo a secarse las lágrimas que arrasaban sin cesar las facciones de su cara. Estaba desencajada, parecía que iba a salir un demonio dentro de ella.

Marcos cogió las maletas y con la cabeza agachada salió por la puerta. No quiso mirar atrás. Tenía el presentimiento que, si lo hacía, ya no volvería a verla jamás.

A Marcos le faltaba el aire. Bajó por el ascensor y, antes de entrar a la cabina, pudo escuchar nuevamente el llanto de Sara tras la puerta de aquel piso que,

con tanto esfuerzo, le había costado conseguir. Ahora pisaba sobre suelo de cristal, pues todos aquellos sueños que los dos habían proyectado para sus vidas se habían hecho añicos.

¿Qué podía hacer ahora? Marcos había perdido toda esperanza y las palabras de Pepe, su compañero de trabajo, de nada habían servido. La realidad se había impuesto de una forma severa y él estaba ya fuera de juego.

Salió del garaje con su coche. Sara lo observaba a través de la ventana. Nubes grises inundaban ahora ese cielo que, hasta hace un momento, lucía con un sol espléndido sobre los tejados y los

patios. Algunos pájaros volaban sobre las azoteas, huyendo de esa tormenta que se avecinaba.

Decidida a divorciarse de Marcos, se dirigió a la cocina. Necesitaba tomar algo caliente. Su cuerpo lo necesitaba. Se preparó una tila y comenzó a beber tranquilamente.

Miraba a su alrededor y recordaba todas esas mañanas frente a la barra americana donde Pedro la besaba antes de que se fueran al trabajo. Todo aquello había sido una mentira.

Cada habitación de aquel piso estaba llena de recuerdos donde el amor, el

deseo y la sinceridad habían desaparecido. Todo aquello que significó tanto para ella había volado por los aires y ahora necesitaba huir.

Necesitaba desaparecer de aquel piso, pues no podía imaginar vivir allí sin la presencia de Marcos. Seguramente había sido una estúpida al confiar en aquel hombre, al haber renunciado a su carrera y a toda una familia que tenía grandes planes para ella.

¿Qué debía hacer ahora? Al día siguiente, buscaría un abogado y tramitaría el divorcio. Y, posiblemente, cuando Marcos recogiera todos los enseres que aún le faltaban, llamaría a

su padre.

Mamá se pondría también muy contenta al escuchar su voz. Sus tres años de matrimonio con Marcos ya no significaban nada. Serían un estúpido episodio de su vida con el que habría de vivir a costas siempre.

Pero también sería una lección de la que había aprendido varias cosas: no vale solamente la pasión en el amor, sino que hay que asegurarse bien de que esa pareja es una persona madura y con la suficiente experiencia en la vida para planificar un futuro juntos.

También había aprendido que a veces no

es bueno dejarse guiar por el corazón, sino que los consejos y advertencias de otras personas pueden ayudarte a ver aquello que tú, cegada, te niegas a ver por amor, por sexo.

Los pájaros volaban sobre la ciudad y finas gotas de lluvia empezaban a golpear en la ventana, una ventana por la que miraba Sara buscando un rayo de luz para no morir de tristeza, para no volverse completamente loca ahora que toda su vida con Marcos había sido una mentira.

Marcos se detuvo en una gasolinera a repostar. Por ahora, se alojaría en casa de su madre. Tenía llaves y seguramente

ella se alegraría al verlo, aunque, al conocer la noticia, se hundiría, pues siempre había considerado a Sara como una chica excepcional.

Más de una vez le había dicho a Marcos abiertamente que casarse con aquella joven había sido una de las mejores decisiones que él había podido tomar.

Mientras repostaba, miró su móvil y buscó el número de Ángela para llamarla y pedirle explicaciones. Quería saber qué clase de montaje se había orquestado para acabar con aquel matrimonio.

Quería saber por qué no había cumplido

su parte del trato, por qué lo había sometido a aquella condena. Seguramente, debía haber borrado aquel número de teléfono hace mucho tiempo, no haber dado nunca motivos de sospecha y celos a Sara.

Nunca debería haber cedido a los encantos de aquella mujer, quien tenía una enorme habilidad para seducir a cualquier hombre, cuya belleza le recordaba a la de Sara seguramente.

Mientras llamaba, Marcos sólo sabía repetirse una y otra vez lo estúpido que había sido al seguir el juego de aquella

mujer. ¿Quién le mandaría encerrarse en un hotel con ella? Aunque no hubiese participado de aquel acto amoroso, como intentaban mostrar las fotos, Sara tenía razón.

Nunca debió haberse encerrado con una mujer así en una habitación de hotel, aunque se le fuese la vida en ello. Pero ahora el daño ya estaba hecho. Las nubes grises se habían extendido por toda la ciudad y las primeras gotas caían sobre la cabeza de Marcos, quien telefoneaba insistentemente a Sara.

No obtenía respuesta alguna. La voz de un contestador le informaba de que ese número no estaba disponible. Marcos se

lo temía. Ahora iba a ser muy difícil encontrar a esa mujer, quien se había salido con la suya, arruinando por completo su vida.

¿Volvería a verla? ¿Volvería Ángela a pasar por el taller con intenciones de seducirlo nuevamente ahora que sabía que Sara estaba fuera de juego? Montó en el coche y, en la radio, comenzó a sonar una canción de Manuel Carrasco. No pudo soportar el peso de los recuerdos y cambió de emisora.

Pronto estaría en casa de su madre y todavía Marcos no sabía cómo explicarle a aquella mujer todo lo que había sucedido.

El padre de Marcos había muerto poco antes de casarse con Sara y sus hermanos trabajaban fuera de la ciudad. Se daría un tiempo e intentaría recoger la ropa que le quedaba en casa dentro de unos días.

Un pequeño jardín daba la bienvenida a una humilde fachada que no hace mucho tiempo Marcos había pintado durante un fin de semana. Su madre siempre había considerado a Marcos su ojito derecho, pues era muy atento con ella.

Una pequeña casa a las afueras era la única propiedad que la madre tenía y que, con los pocos ahorros que había

logrado junto a su marido, habían ido ampliando y reformando con el paso de los años.

Aparcó Marcos cerca de aquel jardín lleno de flores y de macetas perfectamente cuidadas y tocó a la puerta. A los pocos segundos, escuchó unos pasos. Eran los pasos inconfundibles de su madre. Al abrir la puerta, aquella anciana entrañable se encontró con Marcos, con un hijo que estaba completamente abatido, más delgado que la última vez que la visitó.

Aquel joven buscó rápidamente la complicidad de su madre y se echó en

sus brazos sin decirle nada todavía. Comenzó a llorar como un niño pequeño y aquella anciana, de rostro amable y canoso cabello, intentó serenarlo con palabras cariñosas.

- ¿Qué pasa, Marcos? No llores. Me rompes el corazón.
- Sara y yo nos hemos separado.
- No puede ser. Entra y cuéntame qué ha sucedido.

Aquella madre le preparó un té a su hijo y se sentaron en la mesa redonda de la cocina donde, no hace tiempo, se sentaba junto a sus hermanos y a su

padre para comer y cenar.

Eran los tiempos felices de una infancia y una adolescencia donde aquella casa, ahora silenciosa, estaba llena de ruido y de risas.

Marcos le contó todo lo que había pasado en aquellos días, cómo, lentamente, su vida se había ido destruyendo sin que él se diera cuenta de las consecuencias terribles de cada decisión.

Su madre aguantó el tipo. No quería caer en el pesimismo ni que su hijo notara que estaba excesivamente preocupada por el futuro que le esperaba a Marcos.

- Puedes quedarte aquí el tiempo que quieras.

- Lo sé, mamá. Pasaré unos días aquí mientras encuentro algún sitio para vivir.

- Sabes que no me molestas. Al contrario. Me vendrá muy bien tener compañía. Echo de menos a tus hermanos también. Echo de menos todo, Marcos. En pocos años, la casa se ha quedado completamente vacía – dijo la madre con tristeza.

- Es verdad. Con la que hemos armado siempre aquí. ¿Te acuerdas?

- Claro que me acuerdo. Es terrible que el tiempo pase tan rápido. Pero es ley de vida y no nos queda otro que sobrevivir a esa ley – dijo la madre con sabiduría.

- No puedo creer que me esté pasando esto, mamá. No sé qué voy a hacer ahora. No sé vivir sin Sara. He perdido una de las personas que más quería en mi vida.

- Debes dejar que el tiempo cure las heridas. Intenta hablar con ella más adelante. Deja que ella también reflexione. Y, si sucede lo peor, Marcos, un divorcio no es el fin del

mundo. Tienes que aprender de estas experiencias. La vida golpea, siempre golpea y lo hace muy fuerte, pero tienes que dejar que pase el tiempo, él es el mejor para solucionar las cosas.

Marcos pasó la tarde con su madre. Charlaron, rieron y lloraron. Necesitaba estar con alguien que le mostrara afecto y, en esas horas, intentó pensar con optimismo en su futuro y haría caso a su madre; dejaría que el tiempo pasara, que Sara actuara como considerara oportuno.

Lo peor que podía hacer era actuar a la defensiva. Rezaría para que Sara no

llamara a ningún abogado. Pero era bueno ponerse en lo peor y aceptar que sus mentiras lo habían conducido a esta soledad con la que debería convivir de ahora en adelante, por muy duro que fuera.

Pasaron unos días y Marcos volvió a su casa a recoger las últimas cajas que Sara le había embalado. No se miraron ni se hablaron. Intentaron evitar las miradas, esas miradas de provocación con las que se atraían físicamente.

Marcos sintió la última vez que estuvo en aquel piso que a Sara le había perdido ya completamente. Antes de cerrar la puerta, él intentó hablar con

ella, pero Sara se negó y se encerró en el dormitorio. Un portazo seco puso fin a aquella relación de más de dos años y otros tantos de noviazgo. Toda una lucha tirada de repente por la borda.

A los pocos minutos de su marcha, Sara escuchó el sonido de su móvil. Le dio un vuelco el corazón, pues pensaba que era Marcos suplicándole. Pero no. No era el número de su marido.

Era el número de su padre. Le sorprendió esa llamada repentina. Se puso nerviosa porque, durante tres años, no había sabido nada de su familia. La ruptura con ellos había sido muy dolorosa. Temía que le fuesen a informar

una terrible noticia relacionada con alguna muerte.

Pese al distanciamiento durante todo este tiempo, sentía un gran afecto por su madre y sus hermanos.

Quizá, su padre había sido el que más había luchado por que su relación con Marcos acabase. Por esa razón, Sara le guardaba rencor a aquel hombre, pero ahora, si tuviera la oportunidad, perdonaría a su padre. Aquel hombre no se equivocó al juzgar a Marcos como un hombre que a ella no le convenía. Descolgó y escuchó la voz grave de su padre.

- Hija, ¿cómo estás?

- ¿Ha sucedido algo, papá? Dime si estáis todos bien. ¿Y mamá?

- No ha pasado nada, tranquila. Tu madre está aquí, a mi lado.

- ¿Por qué me has llamado entonces? Pensaba que no querías hablar ya conmigo.

- Estábamos preocupados por ti. Tu madre y yo estuvimos hablando y creímos oportuno volver a verte, siempre que tú quieras. No queremos presionarte. Sabemos que no actuamos bien, especialmente yo.

Por esa razón, te hemos telefoneado.

Papá, hace unos días que Marcos y yo hemos roto. Nos vamos a divorciar.

- Lo siento, pequeña. ¿Estás sola?

- Sí, muy sola. Os necesito. Me han jodido la vida, papá, mamá,...

Sara se quebró con el teléfono en la mano. Empezó a llorar y escuchó atentamente las instrucciones de su padre.

Le pidió delicadamente que volviera a la casa de la familia, al otro lado de la ciudad. Luego, su madre se puso al

auricular y Sara confesó amargamente cómo se sentía, cómo había pasado estos últimos días conviviendo al lado de un impostor.

Después de una hora, hablando sin cesar, desahogándose con su madre, asintió y decidió visitarlos con la intención de pasar una temporada con ellos.

Esa misma mañana en la que Marcos había ido por última vez al piso, Sara pidió un taxi y, con una discreta maleta, se dirigió a las afueras. El taxi llegó en media hora y allí estaba aquel caserón, de estilo victoriano, un palacio, fruto de los beneficios que los negocios de su

padre habían producido.

El padre de Sara se dedicaba a invertir en numerosas empresas de hostelería y había logrado una gran fortuna con esta clase de negocios y algunos otros que muy pocos conocían.

Columnas jónicas y estatuas de diosas salpicaban un jardín amplio. Una larga escalinata ascendía hasta dos portones de madera, fijos en una fachada majestuosa.

Allí la esperaban su padre y su madre, a los que divisó enseguida. No había visto la erosión de los años en sus rostros.

Los recordaba de la misma forma, altos, de facciones fuertes y con una mirada profunda que transmitía ese afán por aspirar a lograr cualquier cosa que se propusieran.

Al cruzar el umbral del porche, los tres se fundieron en un abrazo y Sara rompió a llorar de nuevo, esperando la paz y el consuelo que necesitaban entre los suyos.

Capítulo 9

Sara se encerró en el despacho con su padre. Animales disecados en las estanterías y librerías que forraban las paredes adornaban aquella amplia estancia.

Un fuerte olor a madera vieja impregnaba el aire de aquel espacio. La mesa parecía un altar donde había toda clase de objetos valiosos, recuerdos de viajes a África y Asia, plumas estilográficas de precios escandalosos, una carpeta de piel donde se guardaban documentos y facturas.

Al fondo, en la pared, Sara sabía que, detrás de un cuadro, había una caja fuerte al que muy pocos tenían acceso.

Estaba claro que aquel hombre pertenecía a un mundo que nada tenía que ver con el que ella había conocido al lado de Marcos.

Mientras hablaban tranquilamente, la madre se puso a cocinar, con ayuda del servicio, un guiso especial para su hija. Había que celebrar el regreso de su hija por todo lo alto. Y la madre de Sara era una cocinera excepcional. Era de las pocas cosas que no hacía el servicio.

- Ya te dije que era un inútil, un

auténtico inútil. No tenías que haberte casado con ese desgraciado. Te lo dije varias veces. No estaba a tu altura -sentenció el padre con cierta actitud de reproche.

- Lo sé, papá. He sido una estúpida.

- Ahora vas a arrastrar un divorcio a tus espaldas, aunque eso no me preocupa. Lo que quiero es que vuelvas a cursar la carrera de Derecho. Al igual que tus hermanos, quiero que te encargues del negocio familiar. Hay mucho trabajo por hacer. Conseguiré finalmente que nuestro apellido sea el apellido de

un imperio.

- Gracias, papá. Tengo muy claro que tengo que retomar mis estudios. Te haré caso.

- Otra cosa. Aunque te parezca extraño, aunque tu madre te lo pida de rodillas, no quiero que vivas aquí. Necesito que te concentres en tus asignaturas, así que te pagaré una residencia. Si te quedas aquí, acabarás distrayéndote y haciendo la perezosa. Conozco a tu madre y no te va a dejar ni a sol ni a sombra. Ha sido un mazazo para ella esta ruptura. Eras su princesa y aquí te tratará como una niña mimada,

¿entiendes lo que te digo? -sentenció el padre.

- Sí, papá. Tienes razón. Me vendrá bien estar fuera de aquí y fuera de la ciudad. Una residencia me permitirá estar concentrada en mis estudios y aprovecharé para mejorar mi inglés – contestó Sara, con un tono sereno.

- No hables con Marcos. Olvídalo. Mi abogado personal se encargará del divorcio. Evita sus llamadas y cualquier acercamiento. Debes ser fuerte y recordar cada día de tu vida lo que este cabrón te ha hecho y nos ha hecho. Lo poco que

tiene se lo sacaremos denuncia tras denuncia. No te vas a enterar de nada – dijo el padre con tono amenazante.

Comieron los tres juntos y Sara, haciendo caso a su padre, parecía haber encontrado un nuevo sentido a su vida. Estaba preparada para afrontar nuevos retos sin Marcos a su lado.

Después del café, volvería a casa y recogería algunos enseres más, que necesitaría de ahora en adelante, pues su padre ya había arreglado la matriculación y el alquiler de la habitación en la residencia. Volvió a pedir un taxi, tras despedirse de sus padres.

La reconciliación era una nueva oportunidad para Sara. Ilusionada, como si Marcos no hubiera irrumpido jamás en su vida, miró su móvil y, obedeciendo a su padre, borró el número de quien había sido su marido hasta este momento. Cuando el taxi salió por la entrada principal del jardín, se cruzó repentinamente con otro coche, un Maserati blanco.

Al llegar al piso, Sara recogió prendas de verano e invierno, y algunos libros que guardaba cuando estudiaba Derecho e inglés. Siempre había tenido intención de recuperar esa vocación hacia las leyes que su padre le había alimentado

desde pequeña.

Antes de salir por la puerta, sintió un escalofrío, una extraña serenidad que la confundió, una extraña serenidad que la forzó a entrar de nuevo y a sentarse en la mesa del comedor.

Miró a su alrededor, respiró hondo y su memoria se fue nutriendo de recuerdos bellos y precisos de Marcos.

Necesitaba escribirle, necesitaba dejarle claro sus sentimientos. Aunque su padre le había dicho que no volviera a pensar en su marido y mucho menos a ponerse en contacto con él.

Pero esa extraña serenidad le pudo y buscó un bolígrafo y un papel. La luz de la tarde comenzaba a morir en la ciudad y sobre aquella mesa en la que Sara quiso dejar constancia de su dolor.

Marcos seguía trabajando en el taller la mañana en la que recibió la carta de la que, en breve, ya no sería su mujer. La ilusión brotó en su corazón y se sentó en el despacho a leerla con nerviosismo La carta decía así:

“Pensar que no te tengo es atravesar el infierno. Pensar que ya no volveré a verte sonreír es caer en la trampa del desengaño. Fui embaucada por el hombre que más amaba. El destino es

una ruleta y he perdido en cada jugada. Me has dejado sola. Has preferido no sólo otro cuerpo, sino otra piel, otra voz, otro aroma.

El error no ha sido creerte, sino creer que contigo la vida iba a ser diferente, que éramos unos seres especiales, tocados por el cielo, por las aguas de aquella playa en las que algunos fines de semana nos bañábamos: eran las aguas y nosotros, desnudos en la corriente fría, buscando el calor de los cuerpos, los nuestros, de nuestras bocas, la tersura de esa piel que ya no es mía, pues pertenece a otra, a otra mujer. Sufro porque sigo amándote,

porque tus mentiras me han sumergido en ese desengaño que he definido como una trampa.

Podría darte una segunda oportunidad, considerar que todo lo que ha sucedido ha sido mal interpretado por mí, que verdaderamente querías ayudarme tratando con esa mujer. Pero no puedo olvidar el cuerpo de ella, el cuerpo de ella, abrazado al tuyo, que era mío, mi paraíso, mi tierra, conquistada por mí. Tú sudor era mío como mío lo era para ti en esas noches de amor frenético, porque nos amábamos como locos y, por esa razón, me volvía loca

cuando Ángela acarició tu mano y tú la mirabas dulcemente, como si en esa caricia hubiese también una forma de olvidarme.

Te quiero, pero te dejo. Mejor así, que los recuerdos se borren lentamente, como las aguas del mar borra las huellas de las parejas que caminan por la orilla, comprendiendo su amor, el loco amor”.

Una ola de rabia y frustración contra sí mismo arrasó su corazón al comprobar que aquella carta era una carta de despedida, una forma preciosa y profunda de dejarle claro que no había luz al final del túnel, que, por mucho que

lo intentara, nada podía salvarlo.

Salió del despacho abatido y Pepe le preguntó qué le pasaba. Marcos contestó que no le pasaba nada, que solamente se acordaba de Sara en algunas ocasiones y se venía abajo.

Pepe comprendía perfectamente por lo que estaba pasando. Guardó la carta en el bolsillo de su mono y siguió trabajando.

Pensando en que quizá volvería a escuchar su voz a través de una segunda carta, intentaría él escribir una a sabiendas de que no podía expresarse con la facilidad y la belleza que lo había

hecho Sara.

Una vez que cerraron el taller, Marcos volvió a casa de su madre. Cenó poco. “Te estás quedando en los huesos”, le repitió la anciana con preocupación.

Y tenía razón, porque Marcos, salvo el café, poco más ingería desde que Sara decidió divorciarse. Una vez que entró a su cuarto, volvió a leer la carta y decidió, aunque fuese a cometer quizá una imprudencia, escribir también una para intentar explicar lo que él sentía tras haber jodido aquel matrimonio.

“Sé que has luchado contra viento y marea por defenderme. Yo no puedo

expresarme como tú has hecho en esa carta que he leído una y otra vez. Dejé el instituto hace muchos años, algo de lo que sigo arrepintiéndome desde hace mucho tiempo. Me enamoré de ti y no soy capaz de explicar por qué sucedió. Pero lo has sido todo, mi vida, mi ilusión, cada despertar junto a ti.

Tu sonrisa iluminaba cada día por muy cuesta arriba que se me hiciera el trabajo en el taller. Nos conformábamos con poco para vivir. Pero he sido un tonto, lo reconozco, al dejar que te fueras. No puedo pedirte que vuelvas a mi lado, porque el dolor

siempre es más fuerte que la serenidad que necesitamos para analizar exactamente qué ha sucedido.

Sé que es el fin, que no puedo arreglar ya nada de lo que hice, pero al menos espero que estas palabras sirvan para aliviarnos. No me guardes rencor. No he dado la talla. Eres una mujer maravillosa y otro sabrá apreciarte de una forma que yo no he sabido hacerlo. No me he dado cuenta de lo que te amaba hasta que no te vi rota de dolor y eso es muy injusto por mi parte. Dejemos que el tiempo borre todo. Tienes razón.

Dejemos que el odio se convierta en unos recuerdos agradables sobre una pareja que alguna vez se amó. Siento mucho todo, siento mucho no tenerte, siento mucho que llegues a olvidarme”.

A la mañana siguiente, encargó a su madre que enviara la carta a la dirección de su antiguo piso con la esperanza de que Sara la leyese. Marcos sabía que no iba a solucionar nada, pero le serviría para estar más cerca de ella, aunque no pudiese verla ni tocarla.

Durante varias semanas, intentó rehacer su vida, concentrándose en su trabajo. Varios abogados en nombre de Sara le

informaron de las cláusulas del divorcio por teléfono.

Marcos no se opuso a nada. Solamente quería facilitar las cosas, que ella supiera, a través de esa colaboración, que no pensaba reclamarle nada. Era una manera de reconocer abiertamente su culpabilidad.

No salía una vez que acaba en el taller. Se refugiaba en casa de su madre y, en su antigua habitación, disponía de lo elemental. La radio lo distraía algunas noches de insomnio en los que no podía dejar de recordar las artimañas de Ángela para seducirlo y engañarlo sin otro fin que destruir a una pareja.

No podía encontrar ninguna explicación a los motivos de esa maniobra sombría y maligna para luego desaparecer de la faz de la tierra.

Había intentado varias veces telefonarla, pero siempre saltaba un contestador. A veces, Marcos esperaba en la soledad de ese cuarto, lleno de pósters y pegatinas en la pared, una llamada de Sara en su móvil, pero no era más que una ilusión.

Sara no iba a llamarlo. Lo poco que sabía de ella era gracias a los abogados que estaban llevando el divorcio.

Marcos tenía ganas de salir de aquel espacio porque la casa de su madre se le venía encima, pero, al mismo tiempo, ser visible al mundo, salir de nuevo por las noches, era otra forma de comprobar que estaba más solo que nunca. La mayoría de sus amigos tenían ya pareja.

Algunos se habían casado y otros se habían marchado de la ciudad a buscar trabajo en el extranjero a causa de la crisis, así que aquellas quedadas durante los felices años de noviazgo se habían acabado.

No podía hacer otra cosa que imitar a Pepe, su compañero de trabajo, quien, tras perder a su mujer, se volcó en el

trabajo y en coleccionar toda clase de antigüedades, una de las aficiones favoritas de su esposa.

Marcos podía buscar alguna nueva relación por Internet, pero estaba tan destrozado que no tenía la más mínima intención de encontrar a una nueva pareja. La dura situación en la que se encontraba lo estaba sobrepasando y su madre sufría al escucharlo llorar algunas veces a oscuras, en la soledad de la noche.

Ella intentaba darle conversación constantemente o invitarlo a café. Solían salir alguna tarde al cine, juntos como si los dos volviesen a una infancia

perdida. Su madre sufría al verlo sufrir, aunque siempre fingía una sonrisa para no preocuparlo.

Después de varios meses sin saber nada de ella, Marcos pensó en escribirle otra carta, pero no quería que se interpretara como una especie de obsesión o acoso.

Sara había sido clara en aquellas líneas, llenas de dolor y que tanto lo estremecieron al leerlas. Una mañana, afortunadamente, su tío Julián le entregó otra carta que lo ilusionó de forma desmedida. No pudo evitar abrirla allí mismo, en el despacho, para leerla en voz baja.

Su tío salió para que Marcos lo hiciera en la intimidad. La nueva carta de Sara decía.

“No quiero que te disculpes. Respeto tus palabras y agradezco lo que has escrito. He pensado mucho tiempo si debería contestarte. Finalmente, lo he hecho. Ha sido un bonito gesto por tu parte reconocer el daño que me has hecho. Pero tu dolor es egoísta porque tú no has sido la víctima del peor daño que se le puede hacer a una mujer como yo.

Tú quieres que tu dolor sea como el mío y eso jamás será así. No quiero odiarte y tienes razón en una cosa; el

tiempo borraré todo lo malo, cuando sepa que estás lejos de mí, cuando pueda emprender una vida al lado de otra persona. Sin ti, todo será más fácil. Sin ti, podré saber qué otros sentimientos, además de la pasión, hacen que una persona sea fiel a otra. Te pido que no vuelvas a escribirme, que respetes este duelo en el que se ha sumido.

Quería dejar por escrito todo aquello que no pude decirte a la cara. Mi verdad es esta y se llama dolor y ausencia de ti. Pero es lo que merezco por creer que el amor, nuestro amor, era real. No basta con que te perdone,

no basta con esas palabras que has escrito. Bastaría con otra vida y eso no se puede lograr por ahora. No vuelvas a escribirme y alguna vez me acordaré de ti como un hombre que me hizo vibrar de emoción ante una vida que no era para mí, sino para otra. Yo también siento mucho perderte.”

Después de leer la carta, Marcos se sentó y su rostro se llenó de sombras. Sara había sido clara en sus palabras y nada había aliviado su tristeza y resentimiento.

Guardó la carta en un bolsillo y volvió al trabajo con un nudo en la garganta, intentando contener las lágrimas. Nadie

a su alrededor se había dado cuenta del mar en el que nuevamente Marcos naufragaba.

Sara, por el contrario, había intentado pasar página con las clases y, aunque no había mantenido ninguna relación seria durante esos meses, no le faltaban pretendientes.

Siguiendo los consejos de su padre, quiso estar al margen de nuevos romances y enamoramientos. Estaba más que escarmentada con su ruptura y un divorcio que se resolvería en muy poco tiempo.

Las dos cartas que le había escrito a

Marcos no eran sino una forma de demostrarse a sí misma de que era capaz de alejarse de su propio pasado, de demostrarse a sí misma y a su marido que aquellos años juntos no habían significado nada.

Por esa razón, debía afrontar nuevos retos y mantener la cabeza ocupada con sus estudios, su inglés y unas nuevas amigas que solamente pensaban en chicos y viajes al extranjero, temas que a Sara no le desagradaban.

A veces se acordaba de Marcos, pero intentaba evitar esos pensamientos con toda clase de actividades culturales y salidas en el campus de la universidad.

Sara debía hacerse cargo de la empresa de su padre junto a sus hermanos, una vez que se jubilara.

Sara volvió a ver en su padre a un hombre que se había hecho a sí mismo, a un triunfador, a un ganador, una clase de hombre que nada tenía que ver con Marcos, al que consideraba un perdedor, no porque ganara un sueldo escaso, sino porque la había perdido a ella por una infidelidad que él se negaba a aceptar delante de ella.

Capítulo 10

Sara ha hecho dos amigas en la residencia. Desde hace unas semanas, han empezado a salir algunos sábados por la noche. Hace más o menos dos semanas que es una mujer divorciada.

Los abogados de papá se han encargado de que ella prácticamente no se enterara del proceso. Hay que reconocer que Marcos ha puesto todas las facilidades. Desde hace unas semanas, estas dos amigas son su nuevo mundo después de la universidad. Se llaman Lucía y Gloria.

Sara se ríe mucho con ellas porque, pese a que son pijas, muy pijas, tienen ese punto de maldad y socarronería que a Sara tanto le gusta. Ya no ha vuelto a saber nada de Marcos desde que le mandara aquella segunda carta.

Durante varios días, esperó que su marido volviera a escribirle, como si en ella prendiera todavía un tímido fuego de amor hacia Marcos que, en cualquier momento, podía avivarse. Pero no ha sido así.

Marcos no ha vuelto a escribirle y ese silencio ha sido interpretado por ella como el adiós que los empuja a la

separación, a ser invisibles el uno para el otro, a no poder encontrarse más, aunque solamente fuera para saber cómo van sus vidas.

La mañana de aquel viernes la vida de Sara iba a cambiar de nuevo y de una manera inesperada. A las nueve, había acudido a sus clases de Derecho Laboral junto a Lucía y Gloria. Se sentía una quinceañera al lado de ellas.

Se sentaban juntas en la cafetería de la universidad y cotilleaban sobre las nuevas parejas que se habían formado en los círculos de sus conocidos.

- Ayer me enteré de que Richard

se había enrollado con Delia en la fiesta del Club Omega -comentó Lucía, asegurándose de que nadie la escuchaba.

- Pero, ¿qué me estás contando? - preguntó Gloria con sorpresa.

- Yo ya lo sabía. Me contaron en los pasillos que Delia había cortado con Fran unos días antes para salir con Richard - añadió Lucía, sonriendo.

- Dejad de meteros en las vidas ajenas. Me sabe mal que empecéis a hurgar en las relaciones sentimentales de otras personas que

ni siquiera conocéis. Si seguís hablando de Delia y Richard, me levanto y os dejo aquí -dijo Sara, con enfado.

- ¿Por qué te pones así con nosotras siempre que cotilleamos? - preguntó Gloria, extrañada.

Las amigas de Sara no conocían del pasado de aquella joven que ya estaba divorciada y cuyo corazón había sufrido la decepción y el engaño.

- Tú escondes algo que no te atreves a contarnos. Lo noto en tu mirada. Siempre que hablamos de rupturas y de infidelidades, te pones

a la defensiva. Somos tus amigas y las amigas no tienen secretos, ¿verdad? - dijo Lucía con firmeza, buscando la complicidad de Gloria.

- Tienes razón. Nos he contado mi historia. Estuve casada y hace unos meses que me divorcié. Dejé Derecho hace tres años por casarme con Marcos y, durante un tiempo, fuimos muy felices. Pero descubrí que me engañaba – confesó Sara con la mirada perdida, como si, al hablar de aquella ruptura, volvieran, sin embargo, muchos recuerdos.

- No me puedo creer lo que me estás contando. Sabíamos que eras

mayor que nosotras, pero pensábamos simplemente que habías repetido algún curso – comentó Carmen, mostrando comprensión.

- Ha sido muy duro para mí vivir con esta carga todo este tiempo. He pasado página, pero me duele mucho cuando empezáis a murmurar sobre los fracasos sentimentales de otras personas. Yo he pasado por eso y es terrible. Os lo juro, terrible – repitió Sara, enterrando sus manos en su rostro.

- Pero no llores, por favor. Nos rompes el corazón. Perdónanos. A veces nos comportamos como unas

niñas malcriadas y nos ponemos a criticar como si fuésemos colaboras del Sálvame -dijo Lucía, intentando quitarle dramatismo a aquella situación.

- Es verdad. Somos unas niñas. Desconocíamos que estabas divorciada. Sabes que nos tienes aquí para lo que necesites – añadió Gloria, con tono triste.

- No tenéis la culpa de nada. Creo que estoy todavía asumiendo que Marcos no está a mi lado. Fueron los años más felices de mi vida y ahora descubres que todo ese tiempo no significó nada para él. Quizás

debería haberle dado una segunda oportunidad, pero fue muy cruel conmigo. Tonteo con una tía hasta acostarse con ella en una habitación de hotel. Un anónimo me envió fotos del encuentro – contó Sara, apretando los puños.

- ¡Qué hijo de puta! Pero debes hacer borrón y cuenta nueva, y puedo asegurarte que hay hombres maravillosos ahí fuera. Al igual que conozco parejas que han roto, tengo amigos y amigas que han encontrado el amor y les va genial – comentó Lucía, intentando animar a Sara que comenzó a llorar.

- No es fácil. Yo trabajaba en una perfumería para pagar la hipoteca. Con su sueldo y el mío nos bastaba. Podíamos haber tenido hijos. Pero todo se torció y estoy segura de que sus sentimientos hacia mí no estaban inspirados en el compromiso y en la sinceridad. Cometí el error de confiar en una persona inmadura. Cometí el error de casarme demasiado rápido con un hombre que todavía no había asumido la responsabilidad que lleva consigo el matrimonio -razonó Sara, secándose las lágrimas con un pañuelo de papel.

- Debemos aprender de los

errores. Tu marido fue un estúpido al perderte. Eres una mujer muy guapa y con un cuerpazo. Además, hiciste el esfuerzo de ponerte a trabajar para hacer frente a los gastos, cuando deberías haber seguido con la carrera de Derecho – dijo Gloria, con tono de enfado.

- Lo sé. Me costó pelearme con mi familia, incluso. Que me casara tan joven y que dejara mis estudios enfadaron a mi padre en quien tenía que haber confiado desde el principio, pues él tenía claro que aquel chico me iba a conducir a la perdición, y así fue – dijo Sara.

- Bueno. Ahora has vuelto a la universidad y estás aprobando las asignaturas. No puedes encerrarte en ti misma y torturarte con el fracaso de tu matrimonio. Malas decisiones tomamos todas a lo largo de nuestra vida. Ahora te has reconciliado con tu familia. Tu padre vuelve a apoyarte y nos tienes a nosotras, que somos unas divas y unas guays, y que matamos por bolsos de la marca Jimmy Choo – dijo ahora Lucía, bromeando.

- Es una suerte teneros como amigas, aunque estéis locas y os pongáis a criticar a todo el que pasa, como si fueseis Lidia Lozano y

Carmele Marchante en un Sálvame Deluxe – añadió Sara, sonriendo, mucho más tranquila.

- Oye, cambiando de tema, podemos quedar esta noche en mi cuarto y vemos el Sálvame. Noche de pijamas. ¿Qué os parece? Así nos cuentas con más detalle lo que pasó entre Marcos y tú. Me muero de ganas por saberlo todo, Sara -dijo Gloria, intentando crear expectación entre sus amigas.

- ¿Estás loca? Esta noche vamos a salir por el centro y vamos a pillarnos una buena que mañana no nos va a reconocer ni Dios. Además,

hemos terminado los exámenes parciales y este cuerpo, niñas, me pide marcha. No voy a pasar un viernes por la noche encerrada en una habitación, Gloria. Sara necesita conocer gente y, quizá, esta noche encuentre el amor – dijo Lucía, arrugando los labios.

- Tienes razón, vamos a salir hoy y, mañana, también. Cuando nos recuperemos de la resaca nos vamos de compras todo el sábado. Mi padre me ha dejado una de sus tarjetas y voy a quemarla. Por cierto, he visto unos bolsos en una boutique que son una monada. Tenéis que comprobarlo; quedarían genial con

esos zapatos azules que tienes, Sara – añadió Gloria, abriendo los ojos como platos.

- Vale, me apunto. Me vendrá bien salir este fin de semana. Tengo que volver a las sanas costumbres de hace unos años. No sabéis cuánto echo de menos estar con amigas y hablar de nuestras cosas – dijo Sara, animada.

- Quedamos en la puerta de la habitación de Gloria sobre las nueve. Pedimos un taxi y que nos deje en la Gran Vía. Estoy deseando hacer una locura. Me tiembla todo y eso que todavía no hemos salido.

Poneos guapas. Los hombres tienen que caer a nuestros pies y las chicas tienen que morirse de la envidia. Me voy a pasar la tarde haciéndome un moño espectacular. Vais a flipar con mi pelo – dijo Gloria, con entusiasmo.

- ¡Qué ganas tengo de salir! Hace tanto tiempo que no lo hago. He estado tan pendiente de los exámenes que he olvidado pasarlo bien. No me imagino volver a hacer esas cosas que hacía cuando solamente era una adolescente. Me casé demasiado pronto seguramente y ahora estoy pagando el pato – se lamentó Sara, bajando la mirada.

- No digas eso. Vamos a hacer lo que hace todo el mundo. La noche es nuestra y ahora te toca disfrutar y dejar de lado los malos ratos. Tienes que comenzar a divertirte. Nosotras vamos a hacer que eso suceda cuanto antes – dijo Lucía, animando a Sara.

- Desde que dejara a Marcos, sois lo mejor que me ha pasado y os agradezco sinceramente que estéis a mi lado. Ahora ya no tengo secretos que esconder. Ha sido un alivio contaros la situación por la que he pasado – añadió Sara.

Se levantaron las tres y se fundieron en

un abrazo. Sara se limpió las lágrimas y comenzó de nuevo a bromear.

Ahora volvería a reencontrarse con aquellos ambientes que frecuentaba cuando aún no había conocido a Marcos. Al lado de sus nuevas amigas, tenía la sensación de haber recuperado un tiempo perdido.

No era arrepentimiento lo que sentía, sino esa sensación vacía de desengaño al ver que el destino había sido cruel con ella.

A las nueve, Gloria esperaba en su cuarto a las dos chicas que llegaron juntas puntualmente. Era raro que Lucía

no se retrasara, pero ahí estaba, exhibiendo un tipazo con un vestido de tubo que se había comprado en una tienda de GUESS.

Sara vestía más discreta, pero también estaba exultante. Parecía más joven que sus dos amigas. Gloria, que había logrado hacerse un moño vistoso, se empolvó un poco más la cara antes de salir las tres, dando un portazo.

La ciudad las esperaba. El taxi las dejó en Gran Vía y, antes de ir a cenar, decidieron tomar una cerveza en alguno de los numerosos pubs que había por aquella zona tan concurrida.

Nadie podía negar que parecían tres actrices de cine. No caminaban, sino que desfilaban con estilo, sacándole partido a sus ropas, complementos, a aquellas figuras que el optimismo, el desenfado y una alegría natural parecía elevarlas del suelo. Estaban espléndidas.

- Todo el mundo nos mira – dijo Sara, extrañada.

- Ve acostumbrándote -dijo Gloria.

- La noche en la ciudad no tiene precio. Vamos a arrasarlo -dijo Lucía, con entusiasmo.

- Hacía tanto tiempo que no me sentía observada. Estoy avergonzada. No sé qué pensar. Me he vestido para no llamar demasiado la atención – añadió Sara. Sus ojos brillaban.

- Ahora te darás cuenta de lo que se perdió Marcos. Eres muy guapa, Sara. Tienes que empezar a creer en ti misma y a buscar una pareja que verdaderamente sepa descubrir en ti lo que nosotras vimos enseguida. Relájate y sigue el juego – dijo Gloria, con sinceridad.

- No quiero hablar de Marcos. No quiero oír ese nombre. Me entran

ganas de llorar cada vez que escucho ese maldito nombre, chicas.

Los escaparates de algunas tiendas de ropa resplandecían con sus luces de neón. La calle principal y otras se estaban llenando poco a poco de gente que iba y venía, que buscaba alguna mesa donde sentarse para disfrutar de un buen vino o simplemente de un café.

Curiosamente, desde que Sara rompiera con Marcos, ya no volvió a tomar café por las mañanas. Aquel momento, antes de salir a trabajar, estaba unido a la figura de aquel hombre que la había hecho sufrir. Aunque parezca absurdo, el olor a café le recordaba los labios de

Marcos, sus manos duras y fuertes, su cuerpo al trasluz de aquella ventana donde la luz recortaba su figura atlética y delgada.

Las tres chicas consiguieron una mesa dentro de una cervecería que estaba de moda. Las voces ruidosas, conversaciones rotas que crecían unas sobre otras y algunas carcajadas inundaban aquel ambiente lóbrego. Estaban bien en el rincón.

En la tele, un presentador daba paso a la publicidad. Tres minutos de anuncios estúpidos para volver a ese estúpido concurso donde una ruleta gira y gira delante de un público boquiabierto.

Gloria seguía bromeando sobre un ligue de verano y Lucía quiso interrumpirla con una conversación sobre la nueva campaña de moda que iba a lanzar El Corte Inglés en breve. Sara no se reconocía en aquel lugar, ni en aquellos diálogos llenos de vida y de risas.

De repente, se acercó un chico. Era guapo. No muy alto. Vestía con camisa y pantalones vaqueros. Parecía interesado en Sara. Lucía y Gloria aplaudieron, como si a su amiga le hubiese tocado la lotería o hubiese ganado el bote de ese estúpido concurso de la ruleta que estaban dando en la tele sin que nadie prestara atención.

Lucía le dejó sitio y miró a Sara con envidia, que no sabía cómo actuar. El encuentro con Marcos no fue tan meditado, sino que fue causa de la espontaneidad y del azar, y eso lo hacía especial y diferente a lo que ahora le estaba sucediendo.

Sara temblaba. Gloria guiñó el ojo a Lucía que entendió lo que quería decirle su amiga de correrías y cotilleos.

- Lucía, ven conmigo al aseo. Luego pediremos unas cervezas. Os dejamos solos, chicos – dijo Gloria con picardía.

- Te acompañaré. Os dejamos solos. Sara, aprovecha. Cosas así no pasan todos los días. Has triunfado. ¡Qué envidia me das! -dijo Lucía, bromeando, sin dejar de mirar al chico que se había interesado por Sara.

Las amigas desaparecieron entre la multitud que se agolpaba en la barra. Una luz mortecina oscurecía a todas las personas que allí se reunían.

Algunas parejas se besaban discretamente, demostrando el amor que se tenían, parejas jóvenes donde ella sí que se reconocía, parejas jóvenes que cerraban los ojos al rozar sus labios, al

buscar en la caricia del otro una forma de conocerse, de saber que no estaban solos en el mundo.

- Me llamo Bryan. Perdona si he sido imprudente. No he podido evitar fijarme en ti. Eres preciosa - dijo el chico con timidez.

- Gracias por los cumplidos. No sé qué decir. Es la primera vez que vengo aquí -añadió Sara, sin elevar la voz.

- Estudio Ciencias Políticas y quería invitarte a una copa, si no te importa.

- No. Claro que no. Yo estoy cursando Derecho. Hemos terminado los parciales y queríamos celebrarlo saliendo por la zona.

- Habéis hecho bien. Nunca me pongo nervioso al hablar con una chica. Pero me tiembla la voz cada vez que te miro.

- Tranquilo, yo también estoy cortada. Quiero que sepas que he pasado por una relación difícil, Bryan, y ahora mismo no quiero nada serio con nadie. Espero que no te moleste nada de lo que te digo – dijo Sara con aire de tristeza.

- Entiendo. No me he encontrado en esa situación hasta ahora, pero debe ser muy duro pasar página. Solamente quería conocerte e invitarte. No pretendía nada más.

- Gracias por tu comprensión. No quería ser tampoco una aguafiestas. Me pareces un chico agradable y muy educado. Son cualidades que admiro en un hombre.

- ¿Por qué estudias Derecho? - preguntó Bryan, intentando quitar tensión al ambiente.

- Mi padre es inversor y tenemos

varias empresas. Algunas son dirigidas por mis hermanos. Yo soy la hija pequeña y a mi padre le gustaría que yo formara parte del negocio. Así podría jubilarse tranquilo.

- Madre mía. ¡Qué suerte! ¡Tienes trabajo antes de acabar la carrera! - dijo Bryan, con una voz alegre.

Gloria y Lucía vigilaban desde la barra. Algunos moscones habían intentado ligar con ellas, pero los mantuvieron a raya con expresiones cortantes.

Estaban pendientes de aquella conversación entre Sara y ese muchacho

atractivo. Afuera de la cervecería, una marea de gente se desplazaba de arriba a abajo en dirección a los cines y teatros.

Un rumor de voces, como si se tratase de un río, desembocaba hasta una plaza en la que más cafeterías y restaurantes habían abierto hacía poco para recibir a familias y parejas, a cientos de universitarios que buscaban distraerse y pasarlo bien.

De repente, alguien subió el volumen del televisor. Sara y Bryan, como el resto de los que estaban allí, callaron y miraron atentos a la pantalla donde los informativos abrían con una noticia a la

que, por desgracia, todo un país se había acostumbrado.

“Detenido el empresario Mateo Blas y Sánchez por presuntos negocios con la mafia marselesa y grupos organizados de narcotráfico. Durante años, el famoso inversor había amasado una fortuna gracias al chantaje, la extorsión y la venta ilegal de armas”.

Ese empresario era el padre de Sara.

El rostro de aquel hombre tan estricto aparecía ahora en el telediario como un criminal que se había beneficiado del tráfico de drogas.

El rostro de aquel hombre tan estricto aparecía ahora delante de sus hijas como un vulgar delincuente al que habían esposado antes de entrar a su casa. Sara se levantó rápidamente y salió del local con los ojos enrojecidos, presa del nerviosismo.

Lucía y Gloria la siguieron. No entendían nada de lo que estaba pasando hasta que subieron a un taxi junto a su amiga que les explicó, llorando, la terrible noticia.

Capítulo 11

Lo primero que hizo Sara fue llamar a su madre enseguida que llegó a la residencia.

Gloria y Lucía no la dejaban sola. Verdaderamente se estaban portando como si fuesen amigas de toda la vida. Las estrellas temblaban en el cielo.

Una extraña claridad se precipitaba sobre el jardín de la residencia y los árboles temblaban por un viento ligero que surgía de la oscuridad de la noche.

Su madre se puso rápidamente al

teléfono. Su voz sonaba triste, acongojada, colmada de un dolor profundo que le impedía hablar con claridad.

- Mamá, ¿qué ha pasado? Dime ¿Qué ha pasado?

- No lo sé. La policía se ha llevado a tu padre esposado -dijo la madre, hundida, con la voz rota.

- ¡Quédate allí! ¡No te muevas, por favor! ¡Llama al abogado de papá! ¡No declares! ¡No firmes nada! ¡No escribas nada!

- Sí, hija, sí. Hay agentes en el

despacho de tu padre. Han abierto su caja fuerte. Solamente me han dicho que tu padre había estado tratando con criminales estos últimos años. Yo no sabía nada. Tu padre y tus hermanos me mantenían al margen de todo esto.

- ¿Dónde están mis hermanos?

- No sé nada de ellos. Han huido, Sara. Estoy sola. Ven cuanto antes, por favor. La policía entró a casa cuando el personal de servicio se había ido. Bloquearon la puerta del jardín cuando tu padre intentaba acceder con el coche al jardín. Estoy hundida. ¿Qué va a ser de nosotros?

- ¡Mamá, no hagas nada! ¡Quédate en tu habitación y no te muevas!

Sara apagó el móvil y se fue al lavabo a ponerse ropa cómoda para salir de prisa a casa de su padre. Las chicas intentaban calmarla, pero ella estaba ansiosa y sabía que una acusación de ese calibre podía acabar con el negocio familiar.

La policía no actúa de esa forma, si no tiene pruebas sólidas con las que detener a un presunto delincuente. Estaba asustada, pero ahora debía ayudar a su madre y hablar con la policía y con el abogado de la familia para buscar soluciones. Las chicas

salieron de la habitación de Sara, pues prácticamente ella las había echado. Con buenas palabras, las había invitado a salir agradeciendo su interés.

- Si necesitas algo, ya sabes dónde estamos -dijo Gloria, preocupada.

- Por favor, llámanos en cuanto sepas algo. No dudes en solicitar nuestra ayuda. Somos tus amigas y las amigas estamos a las duras y a las maduras -añadió Lucía.

- Gracias, pedid un taxi. En cinco minutos bajo. Voy a quitarme esta ropa y a desmaquillarme un poco -

dijo Sara, con la voz ahogada desde el baño.

Las chicas se marcharon apesadumbradas. Arrastraban los pies por el pasillo. No podían creer que Sara tuviera tan mala suerte. Primero, un divorcio y, ahora, su padre había sido detenido por la policía un viernes por la noche cuando mejor se lo estaba pasando en la cervecería.

A los dos minutos, tocaron en la puerta. Pensó que se trataba de las chicas, quienes la avisaban de que ya había llegado el taxi. Sara se dirigió a la puerta, cojeando, pues solamente llevaba un zapato puesto, y abrió. Su

cara se volvió blanca, más que pálida.

No era Gloria ni Lucía.

Era Ángela, la mujer que había destrozado su matrimonio de una forma tan cobarde.

Estuvo a punto de cerrarle la puerta en las narices, pero aquella mujer, que llevaba un vestido ceñido, exhibiendo sus curvas, dijo enseguida, con un tono convincente:

- Tu padre me contrató para que me acostara con Marcos, tu marido.
- ¿Qué estás diciendo? Eres una,

una... -dijo Sara, mordiéndose la lengua.

- ¡Cuidado con lo que dices! ¡Estoy haciendo algo que no debería! Si la policía se entera de que estoy hablando con la hija de Blas y Sánchez, me busco un problema grave -dijo Ángela con un tono firme y seguro.

- Pero, ¿qué está pasando? Me voy a volver loca.

- ¿Puedo pasar? No tengo mucho tiempo.

Sara dejó que entrara aquella misteriosa

mujer, cuya belleza era atrayente al mismo tiempo que embrujadora.

Sara dejó que se sentara sobre su cama sin hacer mientras ella seguía de pie, cruzada de brazos, mirándola fijamente. Le daban ganas de lanzarse hacia ella y golpearla.

- Sabes que tu padre odiaba a Marcos. Yo era su secretaria hasta hace unas semanas. Pero decidí marcharme de allí cuando descubrí que mi jefe, o sea tu padre, se dedicaba a negociar con el narco y con grupúsculos que usaban el terrorismo como forma de chantajear a algunos gobiernos. Tampoco podía

esperar menos de un hombre que me propuso, a cambio de mucho dinero, que me tirara a tu marido. Un fotógrafo me siguió siempre a todas partes. Fui yo misma quien dejó las fotos en la puerta de aquel piso.

- No puedo creerlo. Estás describiendo a un monstruo. Ese hombre no puede ser mi padre.

- Lo es, Sara. Una mañana que me esperaba en su despacho no aparecí. Días antes, hice copias de los archivos de su ordenador. Cuando me enteré de tu divorcio y de todos los negocios sucios que llevaba el hijo de puta, no pude soportar la

presión y fui a la policía. He sentido la necesidad de venir aquí y confesarte que Marcos tonteó al principio conmigo, pero tuve que drogarlo en la habitación de hotel para obtener unas fotos que demostrasen su infidelidad.

- No puedo escucharte. Sabes lo que me has hecho sufrir? ¿Sabes que, por tu culpa, he roto con el amor de mi vida?

- Reconozco mi responsabilidad, pero yo he sido también una marioneta en manos de tu padre. Me siento como una puta. Así me siento y tienes todo el derecho a odiarme

desde lo más profundo de tu corazón. Pero, si todavía tienes la oportunidad de arreglar tu matrimonio, solamente puedo decirte que el chico resistió y usé todas mis armas para seducirlo y, antes de caer dormido, me confesó que eras la mujer de su vida. Marcos merece otra oportunidad. No puedo decirte más. La policía no debe saber que he estado aquí, porque empezarían a interrogarte. Al igual que tus hermanos, buscarían algún tipo de responsabilidad en ti -dijo ella, seria, confiando en que cada palabra que salía por su boca estaba teniendo un efecto inmediato en la personalidad de Sara.

- No sé si creer en todo lo que me estás contando, pero tiene su lógica. Jamás pensé que mi padre llegaría tan lejos, que su alma guardara tanto odio contra Marcos y contra mí -dijo Sara, abatida, buscando una silla para sentarse frente a Ángela.

- Debes confiar en lo que te he dicho. Tu madre está asustada. No deberías dejarla sola. Ella es otra víctima como tú. Ha vivido todos estos años con un estafador y con un tipo muy peligroso. Fíjate de lo que ha sido capaz de hacer con su hija. Esperó varios meses antes de darme todas las instrucciones para que

accediera a Marcos y consiguiera hundiros.

- Lo odio y a ti también. Odio lo que habéis hecho conmigo y mi marido – dijo Sara, con tono acusador.

- No puedo permanecer aquí más tiempo. Ódiame todo lo que quieras, pero, si todavía quieres a ese chico, no lo dejes escapar. Merece la pena – sentenció Ángela, una vez que se levantó de la cama y su figura sensual e hipnótica desapareció silenciosamente tras la puerta de la

habitación de Sara.

La muchacha se quedó en la silla, mirando al suelo. El nombre de Marcos le vino a la cabeza y la imagen del rostro orgulloso de su padre, la de un hombre al que había vuelto a admirar y a querer con todas sus fuerzas.

Pero su padre solamente había sido un actor, un hombre sin sentimientos, que la había usado como un juguete. No era nada para él, sino una forma de demostrarse a sí mismo que era capaz de destruir todo lo que se proponía.

Sin fuerzas apenas, cogió su bolso y, al abrir la puerta, se encontró a Lucía y a

Gloria que la esperaban con impaciencia. El taxi había llegado. Ninguna de ellas había visto a esa mujer que estuvo hablando con Sara, una mujer, cuya confesión abría un nuevo horizonte de luz en su vida.

Mientras el taxi hacía el trayecto hasta la casa paterna, Sara empezó a recordar con cariño a Marcos.

No sabía cómo volver a él, cómo intentar un nuevo acercamiento. Rezaba como nunca había hecho por que no hubiese conocido a ninguna mujer en ese tiempo en el que habían estado separados. El taxista escuchaba Cadena Dial y una nueva canción de Manuel

Carrasco volvió a sonar.

La tristeza y la desesperanza recorrieron su cuerpo, estremeciéndola, sumiéndola en un estado de emoción en el que el olor a café de las mañanas volvía a su cabeza con la imagen del cuerpo de Marcos.

Quizá, una vez que encontrara un momento de serenidad en esta noche, probaría a escribirle una carta de disculpa. La canción terminó y el taxi entraba en la casa. Un coche de policía, aparcado al lado de la verja principal, le daba la bienvenida.

Su madre aguardaba dentro,

completamente destrozada y hundida. Dos policías la interrogaron unos minutos antes de avanzar hacia el interior. Sara pagó al taxista nerviosamente y se precipitó en los brazos de su madre que no dejaba de gimotear.

- Mamá, hemos vivido con un monstruo.

- ¿Qué van a hacer con tu padre? ¿Por qué dices eso de tu padre?- preguntó la madre sin dejar de abrazar a su hija.

- Nos ha mentado todos estos años. Es un criminal. ¿Sabes que

ordenó a su secretaria que se acostara con Marcos? Planeó cuidadosamente mi divorcio. Ha destruido mi matrimonio desde su despacho.

- No me lo puedo creer, hija. Lo siento. No sabía nada. Solamente veía gente entrar y salir de su despacho, gente desconocida. Algunos no hablaban nuestro idioma. Pero él siempre me mantuvo lejos de todos sus asuntos.

- Su secretaria ha ido a visitarme y me lo ha contado todo. Ella ha sido quien lo ha delatado. No podía soportar más el peso de la culpa.

Ella es la mujer que aparece en las fotos que causaron mi ruptura con Marcos. Lo odio.

- Hija, no digas eso. La policía me ha informado de los delitos que han llevado a la detención de su padre. Es terrible, si es cierto todo lo que ha hecho.

Madre e hija siguieron abrazadas. La noche se echaba sobre la ciudad, una noche oscura y triste, donde las estrellas no habían aparecido en el firmamento.

Madre e hija se acompañaron hasta la cocina a tomar una tila. Sus cuerpos, como sus vidas, temblaban de miedo y

de incertidumbre.

Capítulo 12

La madre de Sara dormía en su habitación. La hija había conseguido que descansara al menos unas horas antes de que amaneciera.

Los días que vendrían más adelante iban a ser muy duros para ellas dos. Con sus hermanos desaparecidos y su padre en la cárcel, Sara era el único apoyo que tenía aquella mujer que jamás pensó en que estaba viviendo y yaciendo junto a un ser despiadado, capaz de hacer sufrir a su hija con tal de salirse con la suya.

Marcos era un vulgar mecánico, cuya sangre jamás se mezclaría con la de aquella familia de alta alcurnia.

Sara se dirigió a su habitación, a su antigua habitación. Llamó a las chicas y fue ella quien las tranquilizó y no al contrario.

Sin darse cuenta, Sara había madurado con una rapidez a la que no acostumbran las muchachas de su edad. Su carácter se había endurecido, si bien la mayor parte de las veces no podía contener las lágrimas.

Su corazón y su mente se habían enfrentado a retos durísimos y, ahora,

que había encontrado ese momento de serenidad que buscaba para dedicarlo a Marcos, decidió escribir una carta y enviársela al taller. Seguramente, su ex-marido ya se había enterado de la detención de su padre por las noticias.

La información había tenido incluso un alcance internacional, pues estaban implicados muchos altos cargos y funcionarios.

Apagó el móvil para que nadie la molestara y miró por la estrecha ventana de su cuarto. La noche era fría. Finas gotas de lluvia caían como si el propio cielo nocturno estuviera llorando. Sobre el folio, comenzó a escribir despacio.

“ Estoy sola. Tengo sed de ti. Necesito mirarte de nuevo a los ojos, saber de ti, de tu sed, saber que me necesitas, que tú estás solo sin mí, esperando mi abrazo, otras palabras que no sean No te quiero o Te odio. Respeta mi duelo. Sé consciente de que me equivoqué. Ahora he conocido mi error y que tú fuiste engañado.

Tu torpeza, tu corazón impulsivo, tu falta de madurez, todas esas carencias, son lo que siempre me ha gustado de ti, de tu sed. Estoy sola. He sido una tonta al no escucharte, al dejarme llevar por los celos, por las

palabras firmes y convencidas de mi padre, quien solo quería el mal para ti y para nosotros. Tengo miedo de que no me respondas, de que hayas conocido a otra mujer para olvidarte de mí.

Tengo miedo de estos sentimientos que surgen en mí para no despedirme de esta vida sin volver a verte, a sentirte dentro, dentro de mí, para saciarme. Soy una egoísta. Ahora yo soy la egoísta, porque no supe perdonar en su momento, porque no supe reconocerme en la ira y en el dolor. Yo no soy esa mujer que no te quiso, que no te quiso escuchar cuando

también estabas sufriendo, que te escribió terribles líneas porque creí que me habías engañado con un corazón oscuro y sombrío. Pero ese no es tu corazón y tampoco es el mío, pese a que te pedí encarecidamente que no volvieras a escribirme.

¿Qué he hecho? ¿Qué han hecho con nosotros? ¿Por qué he temido a la verdad? ¿Por qué debo soportar este castigo que el cielo nos ha enviado? Vuelve a mí. Quiero que vuelva nuestro café de cada mañana antes de irnos al trabajo, antes de caer en este pozo donde nada quede de ti y de mí, que estamos vivos y deseándonos”.

Cuando Sara terminó de escribir, volvió a mirar por la ventana. Un rayo de luna vibraba entre las ramas de un árbol que su padre había plantado con ella hace muchos, muchos años.

El dolor se mezcló con la rabia. Mañana mismo echaría la carta en el buzón con la esperanza de que Marcos la leyera.

Esa carta era la invitación a un encuentro que quizá ya no se produjera, si él había encontrado a otra persona. La noche se fundió con una línea brumosa en el horizonte y Sara cerró los ojos para ausentarse de tanta oscuridad en el mundo real.

Marcos seguía trabajando en el taller como cada mañana. Últimamente había más afluencia de clientes lo que permitía echar varias tardes en el negocio. Lo agradecía porque así se evadía de esos recuerdos que todavía le angustiaban.

No le importaba parecerse al bueno de su compañero, Pepe. Aquella mañana de jueves, el tío Julián se acercó a él, nervioso, con una carta en la mano. Era la carta de Sara.

Marcos no mostró especial alegría cuando se la entregó su tío, sino todo lo contrario. Julián se alejó para que su sobrino encontrara un espacio de

intimidación donde leer. Pero Marcos no hizo nada de eso. Como si no le importase su contenido, la rompió en mil pedazos y continuó reparando el motor de un Audi.

Aquella mañana de jueves, el padre de Sara recibió una visita que no esperaba en la cárcel. Una sala fría, con paredes grises, no invitaban precisamente al afecto y a la familiaridad. Rondaba algún funcionario la mesa en la que Sara estaba dispuesta a enfrentarse al monstruo que había conseguido separarla de Marcos.

Sara estaba sentada frente a su padre. El aire frío en aquella atmósfera obligaba

al padre a toser con bastante frecuencia.

- ¿Qué alegría, hija? ¡Qué ganas tenía de verte! -exclamó el hombre delante de su hija, con ojos llenos de brillo.

- ¿Por qué me has hecho esto? - preguntó la hija con mirada inquisitiva.

- No te fíes de lo que digan los periódicos. No tardaré en salir y podré demostrar que no soy culpable de nada.

- No me refiero a tus asquerosos negocios que nos van a hundir

económicamente. Hablo de mí y de Marcos.

- No sé de qué hablas. ¿Por qué nombras a ese imbécil? - preguntó el padre, torciendo el rostro y arrugando la frente.

- Contrataste a una mujer, a tu secretaria, para que Marcos me pusiera los cuernos. Hay que ser un cerdo para hacerle eso a tu hija -dijo pausadamente Sara, mientras sus ojos se enrojecían.

- ¿Estás arrepentida? Te hice un favor, mi pequeña. Te libré de la miseria, de una vida corriente y

nosotros no somos una familia corriente. Cuando salga de aquí y todo se solucione, te enseñaré a llevar algunas de las empresas y conocerás otro mundo que nada tiene que ver con esa vida de mierda que llevabas – sentenció el padre, sin esconder cierto grado de ilusión.

Estás enfermo. No vas a salir, papá. Estás pringado. Los abogados no tardarán en decírtelo. Yo quería esa vida corriente al lado de Marcos. No tenías ningún derecho a decidir por mí, a herirnos mortalmente como lo has hecho. Al lado de mi marido, he sido feliz y tu monstruosidad ha sido sembrar la discordia entre nosotros – dijo Sara con

voz ahogada.

- Ese chaval es un mierda. Tú merecías otra cosa. Yo lo merecía. Te lo he dicho mil veces y a él también se lo dije. Y no me jodas con los abogados. Voy a salir de aquí y tú estarás a mi lado, y volveré a demostrar quién soy.

- Estás enfermo. Yo te diré quién eres. Eres un ser despreciable y vomitivo. No te merezco como hija. Odio que seas mi padre. Odio que, por mis venas, corra tu sangre. Solamente piensas en ti. Solamente has querido mi destrucción y eso es matarme en vida. No puedo seguir

mirándote a la cara. Debería escupirte. Mamá está hundida. Sobrevive gracias a esos antidepressivos que ya tomaba antes de que te encerraran. No eres nada y no te queda nada, ni siquiera tus hijos -reprochó Sara a su padre, mientras apretaba los puños para contener la rabia.

- Vete, Sara. Vete de aquí. Necesito estar solo. Quiero que te vayas, por favor -la voz del padre sonaba a la voz de una persona aparentemente hundida.

- No lo dudes. Me das pena. Estar aquí contigo es desearte la muerte –

las palabras de Sara estaban cargadas de odio.

La hija se levantó de la silla y abandonó la sala. El padre observó cómo se alejaba, respiró hondo y miró al techo. No había lágrimas en sus ojos. En unos minutos, volvería a su celda a ver pasar la vida.

Se subió al coche Sara y, sin saber si Marcos había recibido su carta, decidió conducir hasta el taller donde trabajaba su ex-marido.

Ese encuentro con la padre la liberó de una carga que llevaba sobre sus hombros durante meses, durante casi un

año. Era la carga del recuerdo, del recuerdo que sucede a otro sobre una persona que alguna vez importó.

Mientras avanzaba con su coche, pensaba en el tiempo que Marcos y ella habían perdido al no estar juntos, al ser víctimas de un daño invisible que alguien ha ejercido desde la oscuridad de su corazón.

El cielo era azul y algunos pájaros, en bandadas, sobrevolaban esas terrazas grises que Marcos y ella miraban desde la cocina mientras se tomaban el café.

¿Cómo no había visto más allá de aquellas fotos? La figura de Ángela la

cegó, aquella caricia en la mano de su marido, el beso en el vientre de aquella mujer fatal, las mentiras, los mensajes de móvil, llamadas perdidas... todas aquellas evidencias habían sido obra de su padre.

Y, pese a todo, quizá debía agradecer a Ángela que se hubiese presentado en la residencia, que hubiera confesado abiertamente que ella también fue manipulada, que obedeció sin darse cuenta del alcance de sus acciones. Sara cruzaba la ciudad.

Algunos rostros se perdían en las calles colindantes, rostros y cuerpos enfundados en sus abrigo y gabardinas,

figuras irreconocibles en unos segundos que para ella eran años porque estaba ansiosa de volver a ver a Marcos.

Los árboles de las avenidas temblaban con un viento frío y la luz del sol rozaba las hojas haciendo que brillasen. Nada estaba perdido todavía o quizá sí.

Se volvería loca si no encontraba a su ex-marido en aquel taller o si lo encontraba casado con otra. Sara era incapaz de controlar esa lluvia de imágenes y pensamientos pesimistas.

Finalmente, llegó al taller y bajó del coche. Todos se sorprendieron al verla. El tío Julián se acercó hasta ella que

estaba temblando. Se abrazó a él y comenzó a llorar.

Nadie sería capaz de calmarla. Nadie, salvo Marcos. La luz del cielo era más limpia que otras veces, una luz que atravesaba los ojos de ella, unos ojos que, entre lágrimas, buscaba a su amor.

Pero Marcos no estaba. Julián le dijo que había salido y que no sabía cuánto iba a tardar.

Le aconsejó que esperara en el bar de enfrente, como había hecho más de una vez. Y ella obedeció.

Cruzó la calle y entró en el bar. El humo

de la cocina envolvía aquella atmósfera. Se sentó y pidió café. Los minutos pasaban y ella estaba cada vez más desesperada.

Miraba su móvil constantemente. Más allá de la ventana, los coches que pasaban por la carretera se perdían en un umbral de sombra antes de llegar a la ciudad. El viento frío giraba y giraba, y el polvo y las hojas bailaban con el ritmo de su silbido.

Bajó los ojos al café y, como si se tratase de un instinto, esos mismos ojos miraron poco después al frente y allí estaba él, en pie.

Era Marcos, con el cuerpo encogido, con sus ojos puestos en ella, unos ojos donde no existía el rencor, sino nuevas ganas de vivir, ganas de reconciliarse con el amor y con una preciosa muchacha a la que besaría cada mañana al despertar, mientras el aroma café impregnaba todo.

FIN